MIS DEVOCIONES

(NOTAS INTIMAS DE MADRID Y PARIS)

TOMOS PUBLICADOS

		PRECIO DEL TOMO — Pesetas.
I.	**Primeros y últimos versos**.....	3
II.	**Una señora comprometida** (Novela) **Del amor y otros excesos** (Artículos festivos). **Don Juan, el del ojo pito** (Novela inédita sin terminar).....	3
III.	**Busilis** (Relación contemporánea). **La ciencia y el corazón.— Milord** (Narraciones).....	3
IV.	**Memorias íntimas** (Segunda edición).....	3,50
V.	**Impresiones de viaje.** **La carta verde. — La doncella práctica.** (Narraciones.).....	3
VI.	**Mi viaje á Egipto.** **Mi viaje á Alemania.** **El domingo de Carnaval. — Tres señoritas sensibles** (Narraciones).	3
VII.	**La señora del 13** (Novela), **Cuentos alegres**.....	3

IMP. Y ENC. DE J. RUEDA.— HUERTAS, 58, MADRID

644

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO VIII

Notas íntimas de Madrid y París.

Segunda edición.

206.74
5. 10. 26

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.— Teléfono 791.

Es propiedad de los herederos de D. Eusebio Blasco.

Al Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.

Mi querido amigo: No tenemos los escritores manera mejor de expresar nuestra afección que ésta de la dedicatoria de los libros. Si el libro no muere, se ve en su primera página quiénes eran nuestros amigos del alma. ¡Ojalá que este libro mío viva, para que mi gratitud sea bien conocida!

Eusebio Blasco.

MIS DEVOCIONES

Sus devociones?—exclamará el lector acostumbrado á mis libros y á mi estilo.—¡No le suponía yo devoto!

Puede un hombre serlo de muchas cosas.

En todo hay culto, y yo le tengo por algo, y aun por algos, tan digno de devoción ferviente como la religión de nuestros mayores.

Devoción de la independencia, devoción de la libertad, devoción del arte, devoción de la patria, devoción de los niños, devoción de las flores.

Libro de devociones particulares, es, en fin, éste, que hoy ofrezco al público español, colección de trabajos desparramados en cien distintas hojas, y que puede hacer contraste con el publicado que se titula *Malas costumbres*.

En aquél, los vicios y costumbres ridículas de mi tiempo ocupan lugar preferente.

En éste, las confesiones del autor constituyen casi todo el volumen.

Mis confesiones debieran llamarse, si más de un autor eminentísimo no hubiera usado ya del título que el humilde escritor español no puede aplicar á su obra sin hacerse culpable de pretencioso.

Acaso el *yo* domine. Tengo por costumbre pintar no sólo cuanto veo, sino casi todo lo que me sucede. Se me dirá que carezco de personalidad para ello. Ya lo sé. Pero de lo que me sucede á mí pueden deducir consecuencias los demás, porque yo creo que á casi toda la humanidad le suceden las mismas cosas, solamente que nadie pone empeño en escribir sus *Memorias*.

La época, sin embargo, es de publicaciones *subjetivas;* cada cual propaga y realiza, sin pensarlo, lo de *Homo sum*. Yo lo hago de intento, y no hay asunto que me parezca más oportuno para ofrecérsele al público que el de este lance, aquella desdicha y la aventura de más allá en que me haya visto mezclado. En pleno *naturalismo*, cada escritor, como documento humano, puede aportar á la filosofía que corre su parte de observación más ó menos profunda.

Allá van, pues, estas notas íntimas de un obrervador alegre que se divierte á veces con sus propias contrariedades, condenado á reflejar en varios y diferentes tomos, que por el mundo corren, y otros más que han de correr, si Dios le

da vida, la manera de ser de la sociedad en que vive y la debilidad inherente á la humanidad á que pertenece.

Quién sabe si estas notas tendrán un día su utilidad, no como libro, sino como referencia de varios asuntos y personas.

El malogrado Revilla, con quien me unía buena amistad particular á pesar de nuestras diferencias literarias, aseguraba que nuestros descendientes encontrarán la historia hecha con sólo leer colecciones de periódicos y trabajos particulares de los escritores que se ocupan de sus contemporáneos.

En este libro, como en casi todos los míos, hay muchos nombres propios, crónicas y relaciones de sucesos que han sido interesantes. Este género de obras son siempre de consulta. Las comedias de Molière ó las de nuestro Bretón de los Herreros, dan mejor idea de la sociedad en que aquellos dos autores vivieron que los libros históricos, ó las historias parciales. Bajo este punto de vista, creo hacer un servicio para el día de mañana, incluyendo en este tomo sucesos que he presenciado y apuntes en los que la inventiva del autor no entra por nada. La construcción de la estatua colosal de la Libertad ¿no es uno de los hechos más salientes de nuestro siglo? La azarosa existencia y desdichado fin de la Duquesa de Chailnes ¿no es un drama realista de los más curiosos?

Va, pues, todo junto en esta mi nueva colección «Impresiones, hechos, comentarios, historias y ficciones», y en todo ello reflejado el íntimo amor de muchas cosas, que por tan íntimo, contituye una verdadera devoción, y de ahí, como al principio declaré, su título de *Devociones*.

Algún alma piadosa lo encontrará tal vez irrespetuoso, pero puede ser que parezca fiel á muchas almas enamoradas.

Es cuanto tenía que decir, según expresión oratoria en uso.

París 5 Agosto 1884.

EUSEBIO BLASCO

LAS CAMPANAS

Mi amigo Román no es ateo, pero no es tampoco creyente.

Parecerá esto un contrasentido. No por eso es menos cierto.

Román representa, personifica, sin saberlo, toda una generación.

Sus impresiones hablarán por mí.

He aquí el extracto de su conversación conmigo.

Oyendo sonar el *Angelus* en San Ginés, me decía Román lo siguiente:

—Te aseguro que podrías hacer un curioso trabajo de observación con lo que en materia de religión me sucede.

—¿Á ver?

—Voy á explicarte tres distintas maneras que he tenido yo de oir las campanas.

—Oigamos esa rareza.

Y Román hizo así el primer capítulo de su vida.

I

—Cuando yo tenía trece años, mi madre me obligaba á rezar el rosario, me llevaba á misa con ella.....

—Sí, ya sé—le dije;—me vas á pintar esa hermosa edad en la que todo cuanto se refiere al culto tiene su encanto...

—Pero ¡qué encanto! Sonaba la campana; y si por casualidad yo no estaba vestido, me apresuraba á hacer mi *toillete* de muchacho, y corría á prevenir á mi madre que era preciso darse prisa para *ver salir* al señor cura: íbamos á la iglesia, oíamos la misa con devoción; todo lo que sucedía dentro del santo recinto tenía para mí tan misterioso atractivo, que á pesar de mis pocos años y de la curiosidad que me inspiraba cada devoto recién llegado al templo, un impulso irresistible me obligaba á rezar, á oir el santo sacrificio con creciente fervor; los sonidos del órgano me producían una melancolía inexplicable; en una palabra, la campana me llamaba á rezar, y yo acudía á su voz como el siervo á la voz del Señor...

(Ya te he dicho que tenía trece años.)

II

Pero cuando tenía veinte, la campana aquella que la infancia me recordaba la hora de la misa, resonaba en mi corazón de distinta manera...

Era el mismo són de otras veces, pero significaba para mí otras cosas.

Al oirlo, saltaba de la cama, vestíame apresuradamente, acicalándome con exquisito cuidado y pensando:

—Ya es la hora. ¡La misa de nueve! Gracias á Dios que pasó la semana. Por fin *las* veré... Allí estará Luisa, allí estará Inés..., les ofreceré el agua bendita; me colocaré cerca de ellas... ¡Cómo rabiará la una cuando vea que miro á la otra!

En una palabra, la iglesia era mi centro de operaciones amorosas... Y no creas que había perdido la devoción, no, todavía oraba cuando llegaba el solemne momento de alzar á Dios; pero... Luisa estaba á mi derecha, Inés á mi izquierda, mi rival enfrente. Una de las lindas vecinas llevaba una rosa en el pecho, que yo le pedía con los ojos, y entre verla sonreir y rezar á la vez, y mirarla y orar á un tiempo, y unas cosas y otras..., se acababa la misa, que no se parecía á la de mis trece años. Otras misas eran éstas ¡Y qué recuerdos tienen en mi alma!

III

—Ahora...

Y Román suspiró.

—Ahora, amigo mío, te lo declaro... Tiene uno tantos negocios en qué pensar; se acuesta uno tan tarde...

Nuevo suspiro.

—Cuando suena la campana de San Ginés y me despierta con su estridente ruido, escondo la cabeza entre las sábanas y me revuelvo desasosegado é inquieto en la cama renegando del campanero...

En uno de estos momentos de lucha entre el sueño y la vida, saco el brazo, cojo el cordón de la campanilla, tiro con rabia, el criado acude, y le digo:

—Que vayan los niños á misa, y cierra las maderas á ver si puedo aún dormir media hora.

Sonreí.

Román contaba esto con cierta amargura. Sobre su mesa había un pliego de papel de cartas *fantaisie*, cuyo lema era éste:

¡Sic vita!

¡SOLO ENTRE MUCHOS!

(DEVOCIÓN DE LA INDEPENDENCIA)

PARÍS, que es mi adoración, comienza á cansarme, precisamente cuando definitivamente me instalo en él.

Dirá usted que esto prueba un carácter voluble. No es eso. Es que París comienza á perder para mí su principal encanto. Conozco ya casi tanta gente como en Madrid, y esta abundancia de relaciones me aflige.

Para mí, París antes que la capital de Europa, antes que el centro de todos los progresos, de todos los negocios, de todos los recursos y de todos los placeres, era el desierto lleno de prójimos; es decir, una encantadora población, dentro de la cual yo no era ni representaba más que un número. Yo estimo en más la independencia que la salud.

Aun el público que tengo que reconocer como

señor único, ya que no pueda suprimirle, le evito. Ya sabe usted que hace cuatro ó cinco años no presencio mis estrenos. Irritado conmigo mismo al ver que una primera representación me dominaba, me atraía, me excitaba los nervios, resolví curarme, y lo logré. Dejé de ir, y esperé á que me trajeran á casa la noticia. Cuando ya conseguí esperar con calma, dí un paso más en mi conquista. La noche del estreno de mi *Último adiós* me acosté á las nueve y á las diez dormía. En la actualidad estreno á distancia de treinta y seis horas; y cada vez que reconozco haber vencido cualquiera de mis debilidades, me considero muy dichoso. Vencer á los demás no prueba nada.

¡Un hombre á quien todo el mundo conoce, y que conoce á todos, no es libre un solo instante de la vida!

Veinte años de literatura, política y vida social, ilustrados con retratos, biografías y caricaturas, y fomentados por una correspondencia inmensa que tengo la costumbre de mantener con misamigos, han dado por resultado que de Cádiz á Irún me basta con asomar la cara por la ventanilla del vagón para que alguien me pregunte por la salud y por las comedias. De Madrid no hablaremos, pues ahí salgo á saludo por transeunte.

En París hay quien mata porque hablen de él. A mí me ha seducido siempre la vida de París,

porque resuelve el problema de estar solo entre muchos.

Los hombres y las mujeres, vistos á distancia, son como las flores de los jardines, todas frescas, brillantes y atractivas; pero una vez hecho el ramo, ¡qué presto se marchita y cuán poco dura! El ramillete de nuestras afecciones nos marchita á nosotros. Yo conozco millares de personas, y apenas cuento con una mujer, con un amigo, con un defensor, con un agradecido. Tres mil individuos juntos aplauden mi comedia, y uno á uno me negarían, tal vez, pan para mis hijos, si hambriento mañana les tendiera la mano.

Aquí, donde no conozco á ninguno, todos me parecen amigos que no me han visto pasar y por eso no me saludan.

En París, yo no soy más que un transeunte. ¿Qué mayor dicha?

Así pensaba yo hace un año, y recordaba mis felices días de Burgos.

Durante dos veranos consecutivos he pasado en Burgos veinte días de tan deliciosa tranquilidad, que no los olvidaré mientras viva.

Con el mapa de España en la mano estuve estudiando en qué punto de la nación no tenía un solo amigo.

A Burgos me fuí, y á una, entre posada y fonda, que hay frente á un cuartel de caballería. La casa tranquilísima, el alimento fuerte y sano,

los cuartos dan á una plaza donde se alza un antiguo palacio... Hay en toda aquella parte de la población una calma incomparable.

A dos pasos están los magníficos paseos que forman los álamos y en los cuales no se ve más que la silueta de un cura de cuando en cuando. En aquellos paseos, y en la Catedral, y en la Cartuja de Miraflores, y en los sombríos arcos de la Huelgas, me pasaba yo las horas muertas, sin hablar con nadie, sin ser visto ni oído, ni observado de nadie, y después de un invierno agitadísimo de Madrid y producir un trabajo continuo que me había casi enervado...

Pero un día se me acercó un señor en un café, y me dijo: —¿Conque usted es Fulano? ¡Pues poquitas ganas que teníamos de conocer á usted! En aquella mesa nos reunimos... esta noche le enviaremos su tarjeta de socio del Casino...

Aquella noche me fuí.

¿Y á dónde, dirá usted? ¡A la montaña! De Burgos á Santander, y de Santander á un pueblecito que se llama Liérganes, famoso por el hombre-pez.

Me volví á Madrid buscando la fórmula de la soledad moderna, es decir, la del fraile sin serlo, ó lo que es lo mismo, el aislamiento en plena civilización.

Miguel de los Santos Álvarez me la dió sin querer una noche en casa de D. Juan Valera.

—Yo observaba—decía aquel ocurrentísimo

amigo en uu cuadro de literatos—yo observaba hace tiempo, que cuando más gente hay en el Prado y apenas puede darse un paso, tropieza uno con dos ó tres perros sin amo, que no faltan nunca en las grandes aglomeraciones de gente. Y yo pensaba: ¿qué buscan aquí estos perros, en esta gran concurrencia de seres humanos que no les dan nada? Hasta que caí en la cuenta. Los perros buscaban la soledad. ¡Porque donde no hay más que personas, eso es soledad para los perros.

No eché en saco roto la observación. Yo he de irme, pensé, á una gran capital, de dos ó tres millones de habitantes, y en la cual, como los perros del otro, estaré muy solito.

Pero, no señor; no puede un hombre estar más acompañado.

En París hay, según datos oficiales, 37.000 españoles, de los cuales yo he visto ó hablado incalculable número en un año. Añádase á esta colonia, la parte de sociedad francesa en que vivo, que ha de invitarme á comer, á almorzar, á bailar, á ver casar, á ver enterrar, á ver bautizar, á oir discursos, á escuchar romanzas, ó á tolerar sandeces... y ¡adiós mis ilusiones! Ganas me dan de volver á mi solitario camino de Bayona, á mi cementerio de Anglet, cuyas tumbas, coronadas de flores frescas, me dan tanta envidia... ¡Oh! ¡El mundo!

Ayer había sobre mi mesa cuatro ó seis tarje-

tas de esas que los que empiezan á vivir buscan con tanto empeño aquí donde se desea más una relación que un billete de Banco...

—No, no iré— me decía yo midiendo á pasos el cuarto.

El frac estaba preparado sobre la cama, extendiéndome sus negros brazos... Este maldito frac por cuyas mangas han pasado tantos brazos mórbidos y por cuyos bolsillos han desaparecido tantos billetes de veinticinco duros... y todo ¿para qué? Para aburrirme, envejecerme, distraerme, emperezarme y desengañarme... No, lo que es esta noche no me tentarás, indigna funda de mi tiempo... A lo menos nuestros tatarabuelos vestían terciopelos y encajes, peluca y chorreras... No; te detesto, uniforme de criados y de mozos de café, quédate ahí, guárdate en el bolsillo las invitaciones de hoy y las de mañana.

Salí dispuesto á hacer lo contrario de lo que debiera de hacer; encanto á ningún otro parecido. Encontré en la escalera á Luque, que tiene sobre los demás hombres la ventaja de no conocer á nadie y de acostarse muy temprano. Le cogí por un brazo, salimos á la calle, en el rincón de un puente compramos dos reales de castañas asadas, más sabrosas mil veces que el *sandwich* ó el helado de la marquesa ó de la generala, pasamos un puente; el Sena, mi buen amigo el Sena, llegaba casi hasta nosotros; entramos en pleno barrio latino, allí no había ni

un amigo, ni un conocido; estudiantes, grisetas, obreros..., un mundo de transeuntes sin nombre ni apellidos... Entramos en un teatrucho á tiempo que salía un cómico á decir un monólogo. *El hombre solo,* dijo, anunciándolo, y yo me preparé á aplaudir. El monólogo ponderaba las desdichas de un hombre aislado, cantaba las excelencias de la vida comunicativa... ¡Lo silbé! Dos ó tres prostestaron, se entabló discusión, y de ella salieron dos ó tres voces conocidas.

—¡Eh!

—¡No incomodarse!

—¡Acá estamos todos!

¡Tres conocidos, cuatro, siete! Un estudiante de medicina, un pintor español, la hija de mi lavandera, el conserje de la Biblioteca... Arrojé las castañas, y huímos!

A la vuelta me detuve á contemplar la corriente del río que amenazaba tragarse á París; á su imponente són todos mis pensamientos se fundieron en uno... ¡Quién sabe si ahora pasará por debajo de mí el cadáver de algún desesperado que acabará de arrojarse al río por verse tan solo!

. . . . . .

MI BOTELLA Y YO

(Á JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN)

París, Diciembre de 1881 *(doce de la noche).*

Te saludo, Pepe.

Yo tengo muchos vicios, pero poseo una gran virtud, que consiste en reconocerlos. No es poco.

Y entre todos mis vicios hay uno, que no ejerzo aún porque me lo reservo para la vejez.

Si llego á ella, te lo aseguro, me propongo ser borracho.

Yo creo que Cervantes lo era. Perdónenme los cervantistas de toda la haz de la tierra, y convengan conmigo en que lo de beber no quita mérito al *Quijote*.

¿Tú recuerdas cómo habla del vino este grande hombre?

Se adivina que cuando trataba del zumo de las uvas la boca se le hacía agua.

¡Qué admiración por el peleoncillo de Esqui-

vias! ¡Qué exagerados elogios por el Yepes! ¡Y qué erudición... *vinícola!* Conocía todos los mostos de la Europa de su tiempo.

¿Qué no habría bebido el que escribía de esta manera?

«Allí conocieron—dice hablando de *gaudeamus* en la hostería—la suavidad del Treviano, el grande valor del monte Drascón, la Ninerca del Asperino, la generosidad de los griegos de Candía y de Soma, la grandeza del de las Cinco Viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Garnacha, la gran rusticidad de la Clientola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin hacer uso de tropelía, ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente á Madrigal, Coca, Alaejos, y á la imperial más que real ciudad, recámara del dios de la Risa; ofreció á Esquivias, á Alanis, á Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Rivadavia y de Descargamarías.»

Cervantes lo entendía; pruébanlo sus reflexiones sobre este consuelo de penas, néctar divino,

á quien otros llaman vino
porque nos vino del cielo,

como dijo colega retrospectivo, y como han di-

cho todos los escritores y poetas del mundo. El vino ha sido más cantado y rezado de lo que algunos creen.

Vinus bonus lætificat cor hominis ha dicho el sabio. Sin él no hubiera mundo. Nos dicen en los cursos de química que donde no hay agua no hay habitantes.

Pues donde no haya vino ¿quién habrá? A menos de ser un pueblo de tontos.

A pan y agua condenan á los malos; como que el agua es un castigo. Límitate al agua de Colonia, las otras desprécialas. Lo que sirve para lavarse no puede servir para beber; eso sería inconveniente.

Digo, pues, que me reservo para la vejez este vicio hermoso mientras voy acabando con los otros, porque diferentes borrachos ilustres me han asegurado que con el vino olvidan sus penas; pero que como quiera que la borrachera está mal vista y peor tratada, y yo necesito de las gentes, y además debo dar ejemplo, cuando ya esté al fin de mi camino y á mis hijos tenga ya criados, y mi presencia no haga falta en ninguna parte, entonces he de retirarme por las noches donde nadie me vea y he de dormir con *papalina*.

¿Y sabes por qué?

Porque así olvidaré todo lo que me haya pasado en el mundo y me iré borrando de la memoria el haber estado con él; ya sabes, porque

Shakespeare lo dijo, que la felicidad consiste en no haber nacido.

¡Olvidar... alegremente! ¡Ese es el colmo de los consuelos! Los borrachos lo entienden.

¡La lástima que á mí me da cuando veo á los guardias echar mano á un hombre de bien que se tambalea!

Casi siempre es un obrero. ¡Naturalmente! Trabaja toda la semana, ve la abundancia ó la aparente felicidad de los demás, no le quedan para divertirse el domingo más que dos ó tres pesetas, con las cuales no hay placer posible en ninguna parte... ¿qué ha de hacer? ¡Se embriaga!

Y observa qué injusta es la humanidad y cuán poco observadora.

El borracho hace casi siempre algo que es lógico, razonable, reflejo del progreso y la civilización modernos.

Le pega al matrimonio, es decir, á la mujer.

Insulta á la tiranía, es decir, al Gobierno, representado por el guardia que pasa por la calle.

Compra y no paga.

Iguala las condiciones porque tutea á todo el mundo.

¡Hace lo que le da la gana!

Lo mismo digo de los ricos. Nadie se embriaga por gusto, y el hombre bien educado no bebe por beber, sino porque bebiendo no existe. Nadie se emborracha comiendo con la familia; ni

al lado de su mujer, ni rodeado de sus hijos, ni en las barbas de sus padres. Es un placer que se va á buscar fuera, como se van á buscar los medicamentos á la botica. El que perdió, para no pensar en la ruina; el que fué víctima de la mujer amada, para olvidar la herida que le mana sangre del alma; los ausentes, para acortar las horas...

Ya ves la fama de formalísimos que los alemanes tienen en el mundo.

Pues nadie ignora sus costumbres durante la pasada guerra.

«Vivía — me ha contado un médico francés que estuvo muy considerado de los prusianos— vivía con diez ó doce oficiales que todos los días después de comer leían la carta de su mujer, su madre ó su novia, bebiéndose cada uno una botella de champagne hasta quedar ebrios con la carta apretada entre las manos y olvidando por algunas horas la ausencia y la guerra.»

¡Recurso natural de personas ilustradísimas!

Aquí, en París, donde la vida es tan dura y el trabajo tan penoso, se ven siempre borrachos por la calle. En Inglaterra sucede lo mismo. El pueblo bebe porque se consuela; la aristocracia, porque se distrae de su carencia de sol, de la aburrida y ceremoniosa vida que se hace. La sociedad más distinguida acaba sus banquetes debajo de la mesa. Las mujeres... ¡Oh, las mujeres en Londres son bebedoras con exceso!

En España apenas hay borrachos, porque en España apenas hay pesares. El carácter alegre, las costumbres sencillas, las necesidades pocas, las leyes blandas, el cielo azul, el amor desinteresado, el clima dulce, el trabajo poco penoso; no hay, pues, necesidad de embotar el cerebro para que no piense, ni ambicione, ni aborrezca, ni desee... El español puede soñar despierto.

La borrachera es una necesidad de estos pueblos modernos donde cada día es una batalla por la vida.

Algunas noches, en mi soledad del invierno pasado, y después de un día agitadísimo entre los negocios, el periodismo, la literatura, las visitas, París, en fin, que ataca á la cabeza y trastorna el cerebro más sano, razón por la cual la locura hace aquí las veces de nuestra pulmonía, entraba yo en mi cuarto y repetía los versos aquellos de Montalván, cuando hace decir á uno de sus personajes:

«¡pensar! ¡ay, Dios! en mi despecho
é imaginar cuando la noche calma,
que ha de sobrarme la mitad del lecho
y ha de faltarme la mitad del alma...»

Estaba solo, lejos de la familia, fatigado, ausente de la patria, harto de hablar veinticuatro horas un idioma que no es el mío, deseoso de trabajar y rendido al cansancio... y entonces volvía los ojos á la botella de vino de Frontig-

nan, que sabe á uvas, y que suelo renovar cada ocho ó diez días. Me acordaba de las *orgías unipersonales* que se daba á sí mismo Narciso Serra, entre dos copas del ambarado zumo que regocija sin ruido y adormece sin sueño, me acostaba haciendo discursos hacia adentro é improvisando versos contra mí mismo... Te lo repito, me falta el valor de mi deseo, pero si llego á la edad de Noé, me temo que mis nietos vengan á cubrirme.

Nosotros creemos que Noé fué el primer beodo del mundo; los árabes creen otra cosa.

He aquí la leyenda:

«El primer sultán que se emborrachó fué Amurates IV, quien encontrando un día en su camino á un turco llamado Beery Mustafá, se vió apostrofado por éste de un modo indecoroso. El gran señor no creía lo que veía.

—Ese hombre está borracho,—le dijeron.

—¿Sabes — dijo Amurates al ebrio — que yo soy el sultán?

—¿Y sabes tú — respondió el turco — que yo soy Mustafá? Si me vendes Constantinopla te la compro, y entonces Mustafá serás tú y el sultán seré yo.

—Pero, ¡miserable! ¿con qué vas á comprarme Constantinopla?

—¡Ah, tonto!—dijo el borracho—si empiezas á razonar te compro á tí, porque, después de todo, tú eres el hijo de un esclavo.

A la mañana siguiente el sultán hizo conducir á su presencia al atrevido.

—¡Ah, señor!—dijo éste apenas entró — si tú conocieras el estado en que yo me hallaba anoche, lo preferirías al imperio del universo.

Amurates bebió hasta caerse, y desde aquel día conservó á Mustafá á su lado y siempre se embriagaban juntos.»

—¡Oh, sí, Pepe Bremón, mi amigo queridísimo! apelo á tu proverbial buen sentido. La embriaguez debe ser gran cosa. De su belleza responde nuestro idioma que pone siempre el *alias* más aceptado.

¡La borrachera es mona!

Mi botella y yo te enviamos la expresión de nuestro invariable cariño.

—¡Adiós! ¡oh Pepe! Te anuncio que todo lo que ha sucedido en el mundo hasta la fecha es mentira.

EX LOCO

I

De vuelta de un largo viaje, me encontré en la Puerta del Sol con el crítico Revilla, con cuya amistad *particular* me honraba mucho.

Después de un abrazo tan cariñoso, como si yo no hubiera escrito ninguna comedia, me apresuré á preguntar á mi amigo por su salud.

—Estoy ya bien—me dijo—pero he pasado una temporada terrible.

—¿De qué ha padecido usted?—le pregunté.

Y él, con la mayor extrañeza:

—¡Ah! ¿usted no sabe nada?

—¿De qué?

—¿Usted ignora, por lo que veo, que he estado loco?

Le miré con asombrados ojos.

¡Loco!—exclamé.

—Loco y muy loco.

—¿Es decir... que se entera usted ahora... de que he vivido sin juicio?

—Exactamente.

Después del parabién natural en quien como yo le estimaba mucho, me separé de mi amigo tan pensativo y meditabundo, y *preocupado* (galicismo corriente), que olvidando por completo todos mis quehaceres del día, fuíme á casa y encerreme en mi cuarto para dar rienda suelta á mis pensamientos.

II

Declaro, con mi habitual franqueza, que la situación de mi amigo me daba envidia.

Saber que ha estado loco—me decía—significa estar en plena posesión del juicio, comenzar á vivir sin miedo, declararse cuerdo con certificación del médico, asegurar la lucidez de todos sus actos para lo porvenir, saber que de hoy en adelante no tendrá que arrepentirse de nada.

Hasta ayer, este hombre excepcional (él, al menos, debe pensarlo así) no era lo que creía, vivió engañado, y sus menores actos habrían sido celebrados entre sus semejantes, que debían ser tan locos como él, supuesto que se los aprobaron.

¡Ah!

¡Si yo pudiera averiguar, como él, que he es-

tado loco durante veinte años... de cuántas cosas tendría que arrepentirme!

—Pensemos, alma mía, — exclamaba yo reconcentrando mis recuerdos y pasando revista á las locuras de mi juventud, que debieron ser tales, supuesto que hoy me lo parecen.—¿Estaría yo loco cuando perdía el sueño por aquella primera novia, que sin ser ni bonita ni discreta, ni siquiera rica, me hacía perder el curso con gran aflicción de mis padres?

¿No fué locura aquella fe ciega en el ideal político que infiltró en mí el orador popular con quien empecé á hacer periódicos para combatir después el ideal pasado de moda?

¿Cómo podía ser cordura aquella afición al juego que de los veinte á los veinticinco años me obligaba á creer en la fortuna que debía brotar del tapete verde?

Recuerdo que una temporada me dió por la afición á los libros viejos.

Un *incunable* me parecía más instructivo que toda la filosofía moderna.

La *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro, me obligó á pedir dinero prestado para comprar la edición rarísima.

¿Y de qué me sirvió aquella edición rara, sino para olvidar un gran libro de Laboulaye que tuve sin abrir durante un mes sobre la mesa?

Prefería yo entonces el *Arte Cisoria* á todos los libros de Renan, y me parecía más estimable *La*

Reprobación de hechicerías que *Los Reyes en el destierro.*

Loco estuve aquel año, no hay que dudarlo.

¿Pues y cuando me dió por creer en aquel amigo que me celebraba los versos?

Cada elogio que de mí hacía, me parecía una prueba de amistad sincera.

Luego, cuando le firmé el pagaré, que no pagó, caí en la cuenta de mis numerosos amigos, que todos me habían celebrado con su cuenta y razón.

Locura indudable.

La mujer, que nos parece tan hermosa, el amigo que nos engaña, el ideal que perseguimos, la obra que nos deleita, el negocio que nos arruina... ¿qué son sino locuras que nos dominan durante algún tiempo y nos roban la vida sordamente porque no nos enteramos de nuestro estado?

¡Ah! Qué falta nos hace ese médico que al fin de la enfermedad le ha dicho á un español notable para quien el matrimonio era hace un año (á juzgar por su crítica del *Nudo gordiano*) una cosa *absurda.*

Hasta aquí hemos llegado. Estaba loco. ¡Despierto! *Jam hora est de somno surgere,* como dice la iglesia.

¡Saber que se ha estado loco!

¡Qué impresión debe causar esto cuando se sepa de buena tinta!

Campoamor, conservador; Pí y Margall, demagogo; Alarcón, devoto; Valera, hombre de orden; Catalina, dramaturgo; Gaspar, cónsul; Galdós, cosiendo á máquina... Enteraos, ¡ oh, queridísimos colegas! Todavía es tiempo. Revilla con un buen juicio... *nuevo,* nos da el ejemplo á todos. Volvamos por nuestra razón y sepamos á qué atenernos. Consultemos á un médico, y que él, bajo su responsabilidad y la fe de la ciencia y de su palabra, nos averigüe hasta qué punto y hasta cuándo hemos sido locos, y desde cuándo entramos en posesión de nuestras razones respectivas; porque yo estoy convencido de que apenas hay un trimestre en mi juventud en que no haya sido lo que mi compañero el ilustre crítico moderno.

Tengo un vecino que presta á real por duro y va á misa todos los días.

Conozco á una señora que educa á sus hijos para curas y es viuda de un comandante fusilado por demagogo.

Sé de un periodista que pretende ocuparse de todo.

Mi amigo X*** se empeña en hacer fortuna sin robar al Estado.

Mi colega Z*** fía el éxito de su comedia en el talento de nuestros actores.

Juan*** dice que comprende á Wagner.

Pero quiere ser aristócrata y detesta los toros.

¡Ah, desdichados!

Salid de vuestro error, avisad al doctor que ha salvado á mi amigo; que él os dé la sacudida moral que os vuelva á la vida.

Todos, absolutamente todos, hemos estado locos alguna vez

El colmo de la fortuna será... ¡haberlo sabido!

¡LA MARQUESA SOLA!

(DEVOCIÓN DE LA PEREZA.)

ESTA pobre Marquesa!

. . . . . .

No vayan ustedes á creer que es la marquesa de V***, ni la de F***, ni la de J***.

No; es la mía.

¡Es una que yo he inventado, y que vive en triste soledad hace un año!

Envidio á esos autores que pueden trabajar como los jornaleros tantas horas al día, y todos los días...

Meses hay en que no podría yo hacer un verso ni un renglón de prosa, así me lo pagaran á mil duros cada uno.

Por el contrario, hay días en que quisiera tener ocho manos, diez escribientes, doce taquígrafos...

¡Pobre Marquesa!

—¿Pero acabará usted de contarnos esa doliente historia?

—¿Por qué no?

Es el caso, que yo tengo compromiso firmado con un editor sevillano para escribirle doce tomos al año. Muchos colegas míos quisieran firmar parecido contrato, no lo dudo.

Representan esos doce tomos una suma en la cual se pueden hacer muchas cosas que yo necesito.

Pues ni por esas.

Mi primer tomo se titula *La navaja en la liga*. Es un libro que me gusta á mí. Lo comencé con verdadero *amore*. Téngolo pensado entero. Sería cuestión de ocho días el acabarlo. Las cuartillas y las galeradas impresas del original que el editor tiene en su poder viajan conmigo.

Han estado en Biarritz, en Cauterets, en Luchón, en Saint-Sauveur, en Bigorre, en Burdeos, en Arcachón, en París, en Londres.

¡Y yo... nada!

La última cuartilla, que es á la vez una galerada, termina con el epígrafe de un capítulo que he de empezar. Y este capítulo se titula

LA MARQUESA SOLA

La marquesa ha vuelto de un baile. Arde la leña en la chimenea de su *boudoir*. Suenan las doce de la noche; mi Marquesita se sienta al

amor del fuego, cruza una pierna sobre la otra, enseñando á su perro la torneada pierna con la media de seda...; pero ¡no dice nada!

¿Por qué razón yo, que he empezado mi libro con tanto ardor, con entusiasmo tal, no he podido comenzar el monólogo de la Marquesa?

Mis amigos todos la conocen. Las galeradas están siempre sobre mi mesa. A veces he tenido apuros pecuniarios de los que me hubieran sacado un tomo, mis tomos, supuesto que acabado el primero podría haber hecho el segundo.

El editor se desespera. ¡Qué cartas me escribe! ¿Y yo qué voy á hacer si no sé cómo va á romper á hablar esa pobre señora?

¡Ah, señores críticos! ¿Dónde está mi facilidad.

Siempre que cojo las galeradas para empezar mi capítulo IX se me ocurre versos ó escenas de comedias, ó cartas que debo contestar. ¿Qué extraña condición es esta de lo que llamamos inventiva?

—Mira—me dijo una vez Ramón Correa, y no se me ha olvidado—tus comedias son bonitas porque no las piensas.

—¿Crees tú?

—Las obras de la imaginación—añadió—son partos intelectuales; y ya sabes tú que las mujeres paren sin saber cómo ni cuándo.

—Eso es muy cierto.

—Lo mismo sucede con lo bello en el arte, y te lo voy á probar con un ejemplo.

—Soy todo oídos.

—Se casa un hombre pobre con una mujer millonaria. Lo que le interesa ante todo es tener un hijo que herede la fortuna.

—Se dan casos.

—El hombre no piensa sino en emprender algo que lleve su nombre algún día. ¡Nada! De diez casos, en nueve resultará estéril.

—Acaso.

—Pues ese mismo sujeto va un día á verte, no te encuentra porque tú has salido. Le abre la puerta una criada muy guapa y muy apetitosa. El amigo te espera solo con ella... y no te digo más.

—Entendido.

—No se acaba el año sin que se le presente tu criada con un chico en los brazos, como un rollo de manteca.

—¡Ah, ya!

—Lo mismo sucede en la literatura. Tú te propones escribir un drama que alborote, un libro que haga una revolución en las letras, un artículo que reproduzca al día siguiente la prensa toda. Inútil. Resultará siempre un engendro rebuscado, sobado, adocenado, pobre, feo. Por el contrario, un día, y sin saber por qué, en medio de la calle, oyendo hablar á tus amigos, escuchando una ópera, pasando un puente de ferrocarril, acude una idea que pasa al papel en seguida, y aquello es lo que te celebra la gente.

¿Piensas tú que Cervantes se propuso que le tradujeran á todos los idiomas de la tierra? ¿Creía Shakespeare que las comedias escritas para su compañía ambulante llenarían el mundo?

Me convencí, y por eso no quiero trabajar sino cuando me diese la gana.

Así es que mi Marquesa no hace más que mirar al fuego mientras yo hago todo género de trabajos.

Un día entró Luque en mi cuarto y me dijo:

—¡Pero hombre, esta Marquesa se va á morir de tristeza!

Y á mí me daban ganas de llorar.

Llegó mi hijo mayor, que ahora empieza á leer, y lo primero que leyó sobre mi mesa fué:

LA MARQUESA SOLA

—¿Por qué está sola, papá?

—¡Hijo mío, porque yo soy un bruto!

Ya es una amiga de todos los míos. El editor me escribe:

—*¿Eh bien, comment va-t-elle cette pauvre Marquise?*

¡Y la Marquesa sin chistar! ¡Es claro! Y yo desesperado esperando el dinero de Sevilla que no llegará mientras esta señora no diga su última palabra, ó mejor dicho su primera.

Estuve enfermo meses há y vinieron á verme muchos buenos amigos.

A todo el mundo era simpática la Marquesita.

—¿Quién la va á acompañar?

—¿Qué nos va á decir?

—¿Por qué está tan sola?

En la convalecencia me encontré con que había gastado mucho dinero. Escribí á un banquero amigo mío, que ha sido mi providencia muchas veces:

—Envíeme usted quinientos francos mientras acabo mi novela. Contestación:

«¡Ah, no, eso no, porque es usted imposible. En cuanto la Marquesa *silabée*, cuente usted con ellos.»

Cogí la pluma para hacer el monólogo, y me resultaron unas quintillas á la pereza.

Llegó un telegrama de Saint-Germain de una familia española que me convidaba á almorzar.

—No puedo—telegrafié—estoy con la Marquesa.

—¡Ya se lo contaré yo á su mujer!—exclamó una española, como tal, chismosísima.

Mi hijo pegó un día á la cabeza del capítulo un soldado de caballería.

—Mira, ¡ya no está sola!—gritó.

Todos la acompañan menos yo. Pasan los meses, los años, mi libro no sale; las prensas sevillanas me suenan en la cabeza como el tambor que me acompañase al cuadro donde debieran fusilarme por estéril.....

.....

—A ver...
—Sí, eso es, eso es...

CAPÍTULO IX

La Marquesa sola.

La Marquesa cogió las tenazas, atizó el fuego que chisporroteaba, y después de lanzar un profundo suspiro, exclamó:

(La continuación en Sevilla, Tetuan, 24, Álvarez y Compañía, editores.)

EL ESPAÑOL EN PARÍS

En París hay círculo alemán, círculo ruso, círculo italiano, círculo portugués, círculo austriaco...

Entiéndase que no hablo de casinos. Llamo círculo á la unión de los individuos de un mismo país por los lazos de la amistad y del patriotismo.

Círculo, en fin, de afecciones mutuas, mundo español dentro del mundo francés, familia en el extranjero, confraternidad necesaria lejos del país, no la hay en la capital de Francia.

No, no la hay, ni la habrá, que es peor.

Es regla general que al encontrarse á un español en la calle, ó en el teatro, ó en cualquier parte, después de la aparente alegría del en-

cuentro, se oye siempre esta frase, que á mí me produce dolorosa impresión:

—Yo no me trato con españoles.

—¿Por qué?

Esta pregunta se ocurre siempre; pero el español que esto ha dicho, añade en seguida:

—Ya sabe usted lo que somos. Yo evito en lo posible encontrarme con los compatriotas; no sirven más que para pedir dinero.

Es regla general que el que dice esto suele pedir dinero al mes y medio proximamente.

¡Singular manera de ser la nuestra! Nos lucimos instintivamente lejos de España; en lugar de dominar nuestros odios particulares, parece que se agrandan. París los hace mayores, por efecto tal vez de la misma grandeza.

¡Y qué de chismes, y enredos, y calumnias, y malas pasiones!

Si yo hubiera dado crédito á lo que unos de otros me dicen cuantos españoles encuentro, supondría que aquí no vienen más que los peores de cada casa. Todos quieren, necesitan saber qué hace su compatriota.—¿Conoce usted á Fulano?—Sí—¿Y de qué vive?—¡Qué sé yo!—Ahí hay misterio.—Mientras á mí no me perjudique...—¡Ande usted con cuidado!—¿Por qué?—¿De qué gasta?—No me meto en eso.

Y siempre la suposición ofensiva, la frase de doble sentido, la acusación traidora...

—Fulano ha dicho que es usted un intrigante.

—Déjelo usted.

—¿Es verdad que Zutano ha perdido á la Bolsa?

—No lo sé.

—¿Cuánto paga usted en su hotel?

—¿Me lo va usted á pagar?

Y si no se les corta el preguntar, no había día para nada.

La chismografía, que es imposible en un pueblo de dos millones de habitantes, ha logrado circunscribirse entre nosotros. Se murmura más en París que en Madrid entre españoles. Dijérase que aquí, donde apenas hay tiempo para nada, el español cobra de alguna parte para averiguar lo que hace el otro.

¡Y qué ricos deben de ser todos!

Todos tienen grandes negocios; todos representan alguna casa importante que está muy lejos. Todos esperan cobrar alguna letra de América; todos hablan mal de nuestro país precisamente fuera de él, que es cuando da más gana de defenderle.

El tipo es muy variado.

Destaca entre todos el español de siempre, desordenado en el vestir, fumando y escupiendo, hablando á gritos, chapurreando un francés imposible y buscando toda ocasión de perder dos ó tres horas.

Hay españoles para todo tráfago, como las criadas que anuncian en España los periodistas;

que cobran comisión de todo y son acompañantes del compatriota rico, y ajustan cómicos para Madrid, y reciben encargos de por allá, y saben cómo se llaman las mujeres bonitas.

Los hay eternamente emigrados, unas veces por fuerza y otras por gusto; discursistas del pasaje Jouffroy; cantonales ó carlistas retestinados; concurrentes al café de Madrid y á los pasajes de al lado y de enfrente; traductores á peseta la página y enemigos de la humanidad, por aquello de no tener dinero á mano. Los hay contratistas de todo lo que salga, acabando siempre por salir ellos; hoy traen una compañía de zarzuela, mañana unas flamencas, otro día montan un *restaurant* español; tan pronto venden melones de Valencia como pimientos de la Rioja. Los hay, en fin, profesores de español, que viene á resultar *caló;* maestros de piano, contrabandistas á domicilio, cigarreros, escribientes y recadistas...

Pero esta es la multitud, el vulgo, lo clásico de lo nacional, el tipo que se adivina en la calle á veinte pasos, moreno, pálido, afeitado de la otra semana, nada limpio y con cara de mal humor; modelo de todos los españoles que se ven en la escena en estos teatros.

El español más curioso es otro.

Es el que declara, aunque lo pongan á tormento, que vive aquí porque allí no puede. París le encanta; tiene más trabajo del que puede

desempeñar; aquel país es imposible, y se ha hecho francés por gusto. Tales son sus palabras. Generalmente es un escritor de poca reputación que aquí se presenta á los libreros como notabilidad, ó algún ex rico de la buena sociedad madrileña, que ha venido á París á ocultar su miseria y aun su apellido. No se le puede oir con calma; ayer comió en Bignon, hoy va á la Ópera, mañana tiene que ir por fuerza al baile de la princesa Sagán...

Por casualidad aquel día va usted á la Ópera ó á casa de la Princesa, busca usted á Fulano, pregunta usted por él...—No sé quién es—responden. Pues ¿á qué viene la mentira? ¿Será un hombre más español ó valdrá más por conocer ó no á tal ó cual persona?

Y es que la vanidad nos mata. En esto de inventarse amigos, conozco un tipo curiosísimo. Le ha dado por suponer, sin duda, que no se le aprecia si no hace creer que está en las mejores relaciones con todo el personal literario ó artístico.

Se habla de Víctor Hugo.—¡Muy buen amigo mío!—dice en seguida. Se celebra un artículo del *Evénement*.—¡Ah, sí! de Aureliano—exclama;—ayer comí con él. Se comenta el éxito de *Lili*.—Ya lo hecho yo á Millaud—dice al punto mi hombre.

Al principio yo le creía de buena fe, y me referí á él entre mis amigos de la prensa ó del tea-

tro. Cuando me convencí de que este compatriota era un solemnísimo embustero, me propuse castigarle. Una noche íbamos al teatro juntos. —¿A qué teatro?—dije yo.—Al que usted prefiera.

Pasábamos precisamente por el *Gymnase*.—Aquí no habrá billetes—dijo mi hombre.—Si lo hubiéramos pensado antes, le hubiera yo pedido billetes al autor. — Pues es tiempo aún—dije yo... Voy á entrar á pedírselos de parte de usted, porque á mí me los dió anteayer...

El embustero muy turbado:

—No, no; vamos á otro lado, porque no quiero deber favores...

Otra vez estábamos tomando un bock en el café Napolitano.

Mi compatriota sostenía que la música de cierta ópera no era de Audrán.—¿Conoceré yo á Audrán?—gritaba.

En esto asoma Audrán por la esquina—Ahí viene—exclamé yo; y el español, colorado como una amapola, se levanta y dice:—¡Ahora vengo, que me están llamando desde un coche!

Otro tipo oculto del mundo español es el enemigo sordo de todo el que aquí vive de su trabajo. Le emplea en escribir anónimos, pretendiendo desacreditar á todo el que le molesta; busca rencillas entre los amigos, indispone matrimonios y hace la policía secreta.

Cree que nadie lo sabe, y va viviendo de la miseria, hasta que un día sale escapado después de haber hecho una picardía de esas que tanto han generalizado aquí la mala opinión contra España.

Hay también farsantes de primera clase, españoles *extra*, empeñados en convencernos de que disponen de grande influencia en Madrid, y yendo siempre á caza de una sociedad ó congreso que compre un ferrocarril ó funde un Banco, *ó cosa así*, en España. Como el personaje del cuento andaluz, van siempre proponiendo meter el cuerpo, y entretanto ganan meses en el hotel y pagan luego con creces ó con cruces.

Pero no digo nada del español enamorado, perseguidor de aventuras y obstinado en que le quieren por su buena cara, y renegando de toda mujer que le pide dinero, como si él hubiera venido expresamente á conquistar *cariño* por aquello de que el amor *puro* sale por una friolera.

Cuento de nunca acabar sería detallar la variedad de individuos de la impura raza y con el mismo objetivo que consiste siempre en despreciar la patria en Francia, aborrecer al compatriota, querer pasar por el mejor y probar que se vive del aire.

Somos siempre los mismos. La vanidad nos ciega, la envidia nos devora, el bien ajeno nos entristece, y en París como en Madrid, ó como en donde se habla la hermosa lengua hispana,

en juntándose cuatro ó cinco en cualquier parte, no hay más defensa que quedarse el último, porque, si no, al salir antes que los demás, puede tenerse la seguridad de que la conversación será siempre la misma: devorar al ausente y alabarse á sí propio, sin olvidar de cuando en cuando la calumnia risueña defendida con apariencias de duda.

No hay compatriotas mejores que aquellos á quienes apenas se les ve, y es porque están trabajando siempre en su tranquilo hogar, sin ridículas pretensiones.

TOMANDO EL TÉ

Y antes de acostarme fuí á tomar una taza de té á casa de aquellas señoras.

—¡Gracias á Dios!

—¿Van ustedes á reñirme?

—¿Qué ha sido de usted en quince días?

—Siempre al teatro.

—Ya eso es monomanía.

—Es la que me ha traído á París. ¿De qué se hablaba?

—De los adelantos de mi marido en la taquigrafía—dijo la hermana de la casa.

Y la llamo así, porque no siempre ha de ser la señora de la casa. En esta casa donde yo entro viven dos hermanas, casadas con dos caballeros que... ¿pero á ustedes que les importa todo eso?

—De los adelantos de mi marido en la taquigrafía.

—Declaro—dije yo—que el arte me parece atrasado.

—¿Cómo?

—Dudo de la rapidez con que pretenden los taquígrafos apoderarse del discurso ó de la conversación.

La prueba es que Moret ó el difunto Moreno Nieto han tenido que repasar siempre las cuartillas...

—No importa; el discurso se coge entero. Depende del taquígrafo. Yo no soy más que un aficionado, y sin embargo, le cojo la palabra á mi suegra.

—Coger es.

Y la conversación varió.

—¿Qué ha visto usted en el teatro?

—He visto y oído una comedia muy mala.

—¿En el Teatro Francés?

—En el mismo. Y la comedia me ha encantado porque la han hecho admirablemente. Por cierto que...

—Vamos á ver—dijo entonces la hermana menor—cuéntenos usted algo nuevo de eso que suele usted atrapar en las conversaciones del *foyer*...

—No ha sido en el *foyer*, ni es nuevo, pero por lo menos es raro.

—Ya sabe usted que no se da té sino á cambio de un cuento.

—Ó de una anécdota.

—Ó del chiste del día.

—Pues oigan ustedes. Revolviendo unos librotes en la Biblioteca Nacional esta tarde, he hallado algo que esta noche he vuelto á recordar, contemplando la estátua de Talma en la Comedia Francesa.

—¿Algo de Talma?

—Sí; su primer encuentro con Goethe.

—Eso es curiosísimo.

—¡Vaya si lo es! Para un autor dramático no tendría precio esta escena, en la que es principal interlocutor Napoleón I.

—¡Ah!

—Fué en el mes de Septiembre de 1808.

El 103 regimiento de línea se alejaba del castillo de Erfurt. La ciudad estaba llena de extranjeros, que habían acudido de todas partes para contemplar de cerca al conquistador.—Dos terrones, señora. Muy poca leche. Gracias.

Napoleón tenía á su lado al Rey de Sajonia, al Emperador Alejandro, al Rey de Wurtemberg, al Gran Duque Constantino y al Príncipe Guillermo de Prusia.

Acababa de pasar una gran revista y entraba en su palacio para almorzar.

El salón estaba lleno de personajes; brillaban los uniformes de todos colores. Napoleón se sentó á una gran mesa redonda llena de papeles, libros, mapas y otros objetos. Allí le sirvieron de almorzar. Los ministros y miembros de

la Casa imperial le rodeaban de pie, mientras almorzaba en silencio.

En este momento entró el Mariscal Lannes, acompañado de un hombre vestido de paisano, y dijo:

—¡Por orden de S. M. el Emperador, el señor Goethe!

Goethe hizo un profundo saludo.

—¿Os llamáis Goethe?—dijo el Emperador mascando.

El poeta respondió que sí, bajando la cabeza.

—¿Cuántos años tenéis?

—Sesenta señor.

—¿Y qué habéis escrito?

—*Ifigenia, Egmont, Torcuato Tasso.*

—Anoche habéis estado en mi teatro. ¿Qué opinión os merecen mis actores?

—Un conjunto admirable, señor.

—Me alegro de saber que mis cómicos gustan en Alemania. Anoche hicieron muy bien *Mahomet*, pero á mí no me gusta esa obra, la encuentro falsa, sumamente falsa.

—Yo la he traducido, señor.

—¿De veras? Eso prueba que no opináis como yo. Conozco vuestro *Werther*. ¿No sois vos el Director del teatro Weimar.

—Sí, señor.

—Me gustaría ver representar á los cómicos alemanes. Pasado mañana voy á ver el campo de batalla de Jena con el Emperador de Rusia;

desde allí iré á Weimar. Decidle al Gran Duque que quiero ver su teatro. Talma y Duchesnois irán conmigo:—¡Duroc!

El Mariscal Duroc avanzó dos pasos.

—¿Cómo andan las cosas en Polonia? No sé nada de Soult; hay que hacerme en seguida una estadística de la población, de sus recursos, de sus cosechas y de los medios de subsistencia para alimentar un cuerpo de ejército de ochenta mil hombres.—¡Señor Goethe!

—¡Señor!

—¿Qué opináis de Talma?

—Lo tengo por un artista sublime.

—¿Os gustaría conocerle?

—Me consideraría muy dichoso.

—Pues, hombre, él suele venir á verme después de almorzar...—¡Tayllerand!

Tayllerand se adelantó.

—He recibido una *Memoria* de Douché, que no os hace mucho favor. Hablemos de esto.

Y se levantó y se fué con Tayllerand junto á una ventana.

Durante este tiempo el *Chambellan* dijo:

—S. M. ¡El Rey de Wurtemberg!

Napoleón, volviéndose y friamente:

—Ahora estoy ocupado. No tengo tiempo; que me vea en el teatro esta noche.

El *Chambellan* se marchó y volvió á los pocos segundos.

—¡El actor Talma!—dijo.

—Que entre—exclamó con viveza el Emperador, y volviéndose á Lannes:

—Lannes, mañana quiero pasar revista al 44 y al 103. Que me pongan en primera fila al soldade Giraud, de la sexta compañía del segundo regimiento. Es uno que estaba en Marengo en la brigada 32. Quiero hablarle; prepárame una cruz. Que las tropas estén de gala. A las cinco en punto. Hola, Talma, ¿qué se hace esta noche?

—*Cinna*, ó *Andromaca* ó *Britannicus*, según Vuestra Majestad quiera.

—Ninguna de las tres. *La Muerte de César*. Buenos días, señores.

Volvió la espalda y se marchó.

Goethe y Talma subieron cada uno por su lado.

¿Se conocerían por la noche? La Historia no dice más; pero da perfectamente la idea del hombre y de su tiempo. Siento no poderla acabar, pero acaso es mejor que el cronista nos haya dejado con la duda.

—Tan es mejor—dijo el taquígrafo de afición—que la voy á dar á un periódico.

Y enseñó unos papeles.

—A ver, á ver, á ver.

—¡Nada! He hecho mi ejercicio práctico, aquí está todo lo que usted acaba de contarnos.

—¡Ah, sí! En ese caso démelo usted traducido y aprovéchelo yo, puesto que he sido el parlanchín.

No hay inconveniente, se lo enviaré á usted mañana.

Me lo envió, en efecto, y ahí va por el correo.

Á UN GOBERNADOR FRESCO

(DEVOCIÓN DE LA INDEPENDENCIA.)

LEO en los periódicos, queridísimo amigo mío, que vas á ser nombrado gobernador civil, y no puedo resistir al deseo de aconsejarte, por más que yo sepa hace mucho tiempo que el aconsejar es siempre imprudente, y que á ningún español mayor de edad se le debe decir lo que hacer debe.

¡Gobernador! ¿Y para qué sirve eso?

¿Representar sin remedio el papel del tirano, de un país donde á nadie le gusta obedecer, hacer cumplir leyes que están reñidas con tu carácter independiente y generoso; renunciar, sabe Dios hasta cuando, á las glorias de la escena, á la tranquilidad del que es rico en su casa (y tú lo eres, como te probaré más adelante), dejar la corte donde tienes tus afecciones, tus

amigos, tus éxitos, para encerrarte en un rincón de Castilla é imponer cosas que á nadie le gustan, y á poner mordazas á la opinión, y á adquirir forzosamente enemigos, tú, querido Juan José, que hoy no tienes ninguno?

Error crasísimo, obcecación increíble en persona de entendimiento tan claro. No lo comprendo, pero procuraré demostrarlo lo mejor que pueda.

Aquellos españoles que no saben hacer nada productivo, á quienes la Providencia ó la fortuna han cerrado las puertas del arte, del comercio, de la industria, de todo aquello, en fin, que hace por sí solo su carrera en el mundo, santo y bueno que busquen en la Administración carrera y derechos para la vejez, suponiendo que eso sea durable en lo porvenir, que lo dudo. Aun la política, para los que la tienen por oficio, es fácil camino para llegar á la fortuna; porque supondrás, como yo, que si algún hombre político que no está lejos de tí, se hubiera sentido con fuerza para ser un Cortina, un Pradilla, un Federico Rubio, ó un García Gutiérrez, no hubiera imitado al personaje de Moratín, que fué *y se metió á poeta*, metiéndose á hombre de Estado, sin más que el descaro que da la ignorancia, para tener luego que arrostrar las sonrisas de la opinión, que si no le recibe, le aguanta, porque la multitud suele tener muy buenas tragaderas.

Pero los que pueden elevarse por sí, los que, como tú, no tienen más que dirigirse al público para que los oiga, les aplauda y les dé renta más segura que la ilusoria del Estado, ¿qué honra ni qué provecho han de sacar de tan vulgar empleo, para el cual, según la ley vigente, no se necesita condición alguna? No se puede ser escribiente con treinta duros al mes sin haberlo sido antes con veintidós; es imposible ser jefe de sección sin haber sido auxiliar antes; se necesitan diez años de servicio para ascender de un grado á otro. Gobernador, en cambio, lo puede ser el primer amigo que llegue al ministro en un buen cuarto de hora; en una palabra, algún auxiliar tuyo, cuya capacidad en materia de Administración será notoria, no ascenderá en diez años á oficial de secretaría; pero á la industrial Barcelona, emporio de la riqueza de España, departamento político importante, capital de primer orden y segunda de España, la podría gobernar tu portero.

En un país constituído así, vas á ser autoridad provincial, rigiendo sus destinos á medida del gusto del Gobierno; y tú, independiente de carácter, íntegro y de conciencia recta, serás esclavo del elemento López y del elemento Núñez, todos reñidos entre sí y todos procurando sorprenderte en contra del Gobierno, menos el elemento adicto, que pretenderá, por serlo, mandar más que tú, obligándote á ejercer la presión que

produce la ira y la autoridad que produce la queja.

Y luego..... permíteme que te anuncie lo que por experiencia sé, puesto que pretendo convencerte un poco. Con decirte lo que á mí me ha pasado, creo que convendrás conmigo.

Tres veces en un mes me nombraron á mí para un cargo análogo, y las tres veces lo desdeñé, desesperando con razón al elemento que me nombraba, dando fútiles razones por resultar ésta que á mí mismo me daba todas las noches pensando en lo que iba á suceder muy pronto.

A mí me repugna que nadie me mande; ¿con qué derecho voy yo á mandar á los demás? Rara es la ley escrita que los españoles quieren cumplir. ¿Cómo las haré obedecer si á mí mismo me desagradan?

¿Quién soy yo para llegar á una provincia donde nadie me conoce, é imponerme á tantas voluntades? Yo sé hacer versos, artículos, novelas, comedias, dramas..... Pero, ¿qué entiendo yo de todas estas cosas administrativas que de repente me caen sobre la espalda? Acaso entre mis subordinados haya alguno que sepa más que yo; y tal vez el subsecretario que me mande ejecutar valga menos. La política es una cosa tal, que hoy es mi jefe el que era ayer mi criado, y mañana lo soy yo del que ayer era mi superior moral en otra cosa. ¡No, de ningún modo!

Cuando yo logro un éxito en la escena, soy allí el gobernador, el subsecretario, el ministro, el rey de mi teatro. Esta dignidad que hoy me dan es absurda; puede lograrla mi escribiente con audacia y favor. Sesenta mil habitantes esperan que vaya yo á mandarles, no porque valgo más, sino porque he tenido esa fortuna.

Reniego de la fortuna. Pluma, papel, inspiración, actores, prensas, éste es mi gobierno, mi vecindario el público, mi jefe la opinión, al diablo lo administrativo; que me esperen en Toledo; mañana acabaré mi obra..... así salga el pueblo en masa á recibirme, y el cabildo con palio, y volteen las campanas, y suenen las músicas, no lo creo, mañana sí, mañana cuando mi actriz diga aquellos versos..... Ya la oigo, los dice muy bien, el público prorrumpe en un murmullo sordo de aprobación, suena la primera palmada, luego mil, todos aplauden, el rey en su palco, la amiga en la butaca, el artesano en el paraíso, todos, todos míos, todos amigos y enemigos, adversarios y colegas; pero no es á mí, no, es á mi tiempo, es á nosotros todos, porque nosotros, periodistas, ingenieros, actores, cantantes, oradores, críticos, pintores, músicos, inventores, creadores de algo; nosotros somos los gobernadores de la opinión, sin más favor que el mérito propio, y sin más influencia que la del tiempo dichoso en que vivimos.

Y no lo fuí.

Y no es esto decirte que todos deben pensar lo mismo; pero por algo te supongo excepcional, y por eso te disuado cariñosamente.

Me dirás que te han propuesto seguir poco á poco tu carrera; pero tu carrera no es esa.

Yo sé que en dos años de gobernador, y los que has servido antes, y los que servirás luego, adquirirás derechos pasivos. ¿Pero qué más derechos pasivos que los de tu escénico trabajo?

Pues qué, ¿en esos mismos años que vas á emplear en llegar á ser empleado viejo, no podrás repetir tus éxitos sobre la escena, y adquirir una renta sana y gloriosa?

Observa aquellos de nuestros compañeros de letras, que pudiéramos llamar conservadores, con renta igual al sueldo de un ministro. Si yo, gastoso y necesitado, no hubiera vendido cincuenta y ocho comedias, tendría hoy una renta de seis mil duros.

Que un gobierno aristocrático como el actual proteja á los artistas y literatos, es obligación moral suya, y á él le está bien y á los favorecidos no les daña.

Nosotros podemos ser empleados pasivos cuando no tenemos intención *de hacer política*, como se dice ahora; y no creo que perdamos por eso. Zapata, republicano, ha servido en la Habana en tiempos modernos. Yo, redactor del *Gil Blas*, he servido cinco años más por necesidad que por entusiasmo. Unos y otros ignora-

mos todos esos detalles de la Administración, que sabe al dedillo un empleado de seis mil reales; pero es que nosotros, los que venimos del Ateneo, del escenario, del periodismo, tenemos que ser ó todo ó nada; ó pies ó cabeza. Cuando Ayala vino de Alcolea á ser ministro, ignoraba el trámite de un expediente; pero acababa de derrumbar un trono.

Por eso el gobierno de provincia, para tí que tienes todas las condiciones del hombre moderno, ó me parece absurdo ó me parece poco. ¿Vas á ser gobernador obedeciendo á un noble deseo de entrar en la vida pública, dejando la tranquilidad obediente del despacho del ministerio? Entonces, como tal vez haremos otros, ahí está el periódico, el Congreso, la agitación legal de la opinión, la iniciativa personal y propia que producen los grandes sucesos; de esa manera serás mucho más, porque es más fácil, á quien le sobra talento como á tí, ser ministro donde lo ha sido tanto aventurero sin más mérito que perder su gloriosa juventud en menudencias administrativas. Puede uno gobernar bien su casa sin saber una palabra de cocina.

¿Quieres, por el contrario, ser gobernador por cumplir los dos años reglamentarios? Pues yo protesto como espectador, no como amigo. Conque lo sean otros no perdemos nada; con que lo seas tú, lo pierde tu país que tanto te estima como literato.

Te irás á Zamora. No espero que mis cariñosas frases te convenzan. Una vez allí tendrás que sustituir la lectura de Calderón con la ley provincial, y la de Moratín con la ley de aguas. Tendrás que oir todos los chismes de vecindad que irán á contarte los caciques del pueblo. Te acostarás rendido, y te despertarán con un telegrama cifrado, en que el Gobierno te dirá que recojas los ejemplares de un periódico en que tal vez se elogien tus obras, ó con el aviso de que se quema una tienda de ultramarinos, que irás á ver más quemado que ella. Tendrás que intervenir en cualquier motín de estudiantes, cuyos bríos y ardor juvenil te darán envidia, de seguro. Con esto y conque saques diputado á quien tal vez tengas sentado en la boca del estómago, como se dice vulgarmente, habrás desempeñado tu misión, y pueda ser que te den, como á cualquier español, la gran cruz de Isabel la Católica.

¡Qué lástima de tiempo, queridísimo amigo mío!...

De todo cozarón deploro este nombramiento, por el que de fijo te estarán ya dando la enhorabuena parientes y amigos, y si alguna vez paso por la provincia, bien sabes tú que he de ir á verte y darte un abrazo apretado; pero te he de pedir audiencia, no como autoridad, sino como poeta español, á quien consideraré como tal ante todo.

FIGURAS DE CERA

Entre tantas diversiones como el extranjero encuentra en París faltaba una.

—¡Parece imposible! se me dirá.

—Pues nada más cierto. Un género de diversión, al parecer inocente, pero que no debe serlo tanto cuando los ingleses le dan gran importancia.

Faltaba una galería de figuras de cera.

¿Quién no recuerda haber estado en su infancia en una de esas exposiciones ambulantes que no faltan nunca en las capitales de provincia en tiempo de ferias?

¡Las figuras de cera! Diversión de niños la llamará algún lector; pero bien pensado, un museo de ese género llena una gran necesidad, sobre todo cuando el director se propone dar á conocer todas las personalidades ó sucesos que sean de verdadera actualidad.

Y esto se ha propuesto Grévin. Luego vere

mos si lo ha logrado. Grévin es popularísimo en París. Los dibujos y caricaturas del *Journal Amusant* y de otros periódicos le han conquistado una notoriedad grande en esta capital del mundo.

Él es quien inventa esos caprichosos trajes que se ponen las coristas y las bailarinas en las comedias de magia. Su lapiz pone en evidencia á todo personaje á la moda, y desde la muerte de Cham ha venido á ser el dibujante de *esprit:* en París es más necesario que el dibujante de mérito artístico.

Porque el lector parisiense se fija antes en la leyenda de un dibujo que en el dibujo mismo, así como en las óperas cómicas dá más importancia al libro que á la música.

Cuatro líneas de Grévin dan la idea de la parisiense elegante, de la *demi-mondaine* en boga, pero las líneas impresas que hay debajo prueban algo más que el mérito de un artista. Anuncian al *boulevardier,* y el *boulevardier* es el alma de París.

Grévin, pues, es un hombre de muy buen gusto, y conocedor de París; pensaba hace tiempo en la creación de un museo de figuras de cera que reprodujese el suceso del día, la persona del político más discutido, de la actriz más celebrada, del banquero más emprendedor, del artista más aplaudido, la coronación de un rey, el crimen de la semana, en una palabra, un

museo que fuera *el periódico ilustrado en relieve.*

Para esto se necesitaba un capital que el dibujante no tenía, y que una sociedad por acciones constituyó para llevar á cabo la obra. El espíritu de asociación está tan arraigado en Francia, que basta que una idea sea buena para que el capital resulte de una discusión más ó menos larga. Los accionistas del futuro museo estaban seguros del resultado, y la experiencia ha venido á demostrar que no se equivocaban.

Y no se crea por esto que la obra llevada á cabo es extraordinaria, ni mucho menos. Comparado el Museo Grévin con los de este género que hay en Londres, resulta muy por bajo, pero es una fruslería indispensable en París. París adora las frivolidades.

Durante el primer mes, el Museo Grévin ha sido visitado por millares de personas que se complacían en la contemplación de Luisa Michel, de Sarah Bernhardt y de tantas otras personalidades conocidísimas. Las mujeres, que son el gobierno moral de París, tomaron la novedad bajo su protección, y el Museo se hizo de moda.

Llegó el crimen de Pecq, y proporcionó á Grévin y consocios la ocasión de reproducirlo más ó menos bien; esto era lo de menos, pero ello es que París pudo darse cuenta de los extraños detalles de aquel asesinato. Vendrá mañana otro acontecimiento cualquiera, y á los

ocho días París lo estudiará *del natural*, supuesto que los personajes modelados en cera se parecen mucho á los originales.

Y aquí entro de lleno en el objeto que me propuse al escribir estos renglones.

No los comencé por dar una idea del Museo y no más si no para hacer, después de visitarlo varias veces, las observaciones á que se presta.

¿Qué es, en efecto, la celebridad? ¿Qué límite existe entre la popularidad y la medianía? ¿Por qué alcanzan el mismo nombre, por ejemplo, los asesinos de monsieur Aubert y Sarah Bernhardt, la primera actriz de nuestro tiempo?

Hay en esto mucho que estudiar, porque si realmente no hay categorías en la fama, si lo mismo ha de llegar á la celebridad el bandolero á quien inmortalizan sus fechorías que el conquistador de naciones ó el descubridor de un mundo nuevo . . . entonces, ¿quién tiene aquí razón? ¿el bien ó el mal, la gloria ó el desprecio?

Recorriendo el Museo Grévin se ocurre esto que parece absurdo y no lo es: tanto vale para la multitud Mr. de Lesseps como el cómico de Palais Royal. Daubray y la Théo ocupan en este Museo un lugar preferente al designado al Emperador de todas las Rusias. Scobeleff y Víctor Hugo están en nichos hechos en la pared; Grévin y los periodistas están en medio del salón dominándolo todo.

Nuestra época, en efecto, ha logrado hacer

imponernos una confusión de nombres verdaderamente inconcebible. Lo importante es hacer ruido, sea como sea. En los escaparates de los fotógrafos de Madrid ha llamado siempre mi atención ver al lado del Rey á Frascuelo, y junto á Echegaray á una funámbula ó un tenor cómico.

No estoy conforme.

Recuerdo á este propósito que D. Salustiano de Olózaga, ocupándose en cierto trabajo filológico, hizo constar, con sobrada razón, que nunca pueden ser sinónimas las palabras *fama* y *celebridad*. No lo son en efecto.

Famoso es el asesino del presidente de los Estados Unidos, mientras que Washington es célebre; celebridad es la gloria de Shakespeare, los robos de José María constituyen su fama.

Debiera, pues, hacerse distinción en libros, periódicos, conferencias y museos de los contemporáneos célebres y de los que sólo son famosos; la fiebre de actualidad que á todos nos devora, nos hace simpatizar á veces con el enemigo de la sociedad por tener el gusto de conocerle. La exposición de un crimen en un museo, tengo para mí que es un mal ejemplo.

Siempre que un periódico anuncia un suicidio, los suicidios se repiten aquella semana. Llevar á nuestros hijos á admirar las figuras de cera, para que vean cómo se mata y como se roba, es novedad perniciosa sin duda ninguna.

Hay además en estas exposiciones algo que desencanta por extremo á todo el que pretenda notoriedad en buen sentido.

¿Puede creerse honrado Lesseps al lado de los asesinos de Pecq? ¿Agradará á Sarah Bernhardt verse en frente de la Rosita Maury? La fama ridícula de Luisa Michel, ¿merecía colocar su repugnante figura al lado del General ruso, representante de la libertad naciente?

Pero París no se fija en esto. En el Museo están todos los contemporáneos *del momento*, y esto basta. París acude lo mismo á la coronación de un Rey que al fusilamiento del mismo. Las iluminaciones del tiempo del imperio estaban tan concurridas como las que celebra la república actual. París es un niño monstruoso, con 2.000.000 de cabezas y 4.000.000 de ojos que necesitan verlo todo, malo, bueno, mediano, atractivo, repugnante, noble, indecoroso, grande, chico, con tal que sea raro, excepcional, *nuevo*.

¡Oh, lo nuevo! He aquí el gran secreto de la curiosidad parisiense. Se ama lo nuevo con delirio sin fijarse en los elementos que lo producen.

Zola está en medio del Museo, en el sitio preferente del atelier de Grévin fielmente reproducido. Víctor Hugo está á su lado.

¡Qué de consideraciones podrían hacerse á propósito de estas dos figuras tan mal colocadas!

La gloria ha llevado allí á Rosita Maury, como antes dije, y su simpática figura se destaca de todas, colocada en alto, dominando un grupo de artistas, literatos, autores dramáticos, filósofos y pensadores. ¡Hurra á la bailarina, reina de París! ¡Paso al gran arte, cuyo templo oficial, la grande ópera, ha costado á la nación millones y millones!

Y entrando en otro orden de consideraciones (¡el Museo Grévin se presta á tantas!), podríamos hacerlas políticas de verdadera importancia.

Junto á los Emperadores y los Reyes se alza la figura de Gambetta, pronunciando un discurso. Se ha buscado una figura popular que representara la época presente, y el artista encargado de representar una escena del Parlamento, ha tenido forzosamente que elegir al representante del pueblo, al hombre que, por méritos propios, ha venido á ser á la vez un temor y una esperanza, el pasado, el presente y el porvenir. Gambeta en fin, Gambetta á secas, sin excelencia, sin título nobiliario, sin ascendientes nobles ó mariscales de Francia.

Cerca de él, Rochefort, cuya pluma comenzó á derribar el imperio.

Víctor Hugo, que es todo su siglo.

Lesseps, que es la ciencia moderna.

Sarah, que es el arte de nuestros días.

Bou-Amena, que es la independencia.

Skobeleff, que es la discusión.

Wolff, que es la crítica.

Scholl, el periodismo.

Dumas, el teatro.....

¡Qué pocos soberanos, y en qué tristes posturas!

¡El Czar..... de cuerpo presente! ¡El Emperador de Rusia, sólo en su nicho! Los demás apenas atraen la atención del público, que busca sus hombres, sus iguales, los representantes de su tiempo. ¿Dónde está Sarah? ¿Dónde está Rochefort? ¿Cuál es Daudet? ¡Aquél es Gambetta!

Celebridad y fama conspiran contra los que en el mundo sólo significan lo pasado. La gloria no es ya la fortuna, y en estos Museos populares, aparte del realismo de que antes protesté y de las personalidades poco simpáticas, domina esa pléyade triunfante que edifica con laudable afán el mundo nuevo sobre las ruinas del antiguo. Hay en ellos, y no puede por menos de haberla, una atmósfera de libertad, de arte, de *modernismo*, en fin, que es la vida, la energía y la felicidad de la edad presente.

LA VIDA DE UN SOLTERO

Lo tengo aprendido—me decía un día cierto Marqués español, que al leer estos párrafos recordará seguramente sus palabras.—Lo tengo aprendido, después de haberlo estudiado mucho; ¡no hay nada más barato que la vida en constante alquiler! Y en efecto, el propietario de su interior es un constante esclavo de sus muebles, de sus vajillas, de sus ropas blancas ó negras...

Por eso los ingleses que se proponen divertirse y pasarlo muy bien con el producto de sus rentas, han hecho de Europa su casa, y en ella París es el salón; Biarritz su gabinete, Niza su comedor, Sevilla ó Madrid su galería de cristales.

Diferentes veces me ha llamado la atención por las calles de París esa familia compuesta de papá y la mamá, las niñas casaderas y la *gouvernante* de aspecto severo.

Son los *yankees* que no tienen casa; porque han aprendido que la casa es una molestia.

Son los nómadas con fortuna; los bohemios en plena abundancia.

Son, en fin, los representantes del espíritu práctico moderno.

Y bien mirado, acaso tienen más razón que el resto de los mortales, adheridos á nuestras cuatro paredes como la ostra á la concha é imposibilitados de disfrutar la vida de nuestro tiempo por no *levantar la casa*, que después de todo es un gran trastorno.

Su casa es el vagón, el barco, el cuarto de un hotel; en todas partes hay camas blandas, baño, alimentación sana, servida á la hora en que se quiera, criados que sirven con gusto... ¡Oh! ¡Quién sabe si ésta será la vida de todo el mundo en el siglo XXI!

*
* *

Un escritor de gran talento observaba no hace mucho en la crónica parisiense, que hace con tanto gusto de sus lectores el singular aspecto que ofrece, sobre todo en este mes, el comedor de uno de esos grandes hoteles á donde vienen á parar familias ó individuos sueltos de toda Europa.

Hay, en efecto, en esos grandes comedores, Príncipes y aventureros, pastores protestantes y jugadores de oficio, banqueros alemanes é ingleses y comerciantes de Castilla la Vieja. Es el mundo flotante que constituye esa masa de familias que no tienen casa porque le sale más barato vivir en el aire.

Un inglés rico pasa tres meses en París en una casa de *familia;* el invierno en Cannes ó en Pau; el resto del año en una playa cualquiera. Viaja con sus hijas y espera encontrar sus futuros yernos en el ferrocarril, ó en la mesa redonda, ó en la *terrasse* de algún casino.

Por otra parte, observaba el escritor á que me refiero, la vida del hotel ofrece inmensas ventajas. Se tienen en él diez ó doce criados; con tocar la campanilla hay siempre uno dispuesto á limpiarle á usted la ropa, hacerle un recado, traerle lo que le haga falta. Viviendo en un hotel no está usted obligado á devolver el obsequio de una comida, de un baile, de un té; se paga lo que se quiere sin que la murmuración le haga á usted las cuentas de lo que gasta..... París está preparado de tal manera para esta existencia, completamente opuesta á lo que se llama *la vida del hogar*, que con entrar por cualquiera de sus grandes calles ó avenidas se puede calcular lo que costará la vida, desde el piso principal del gran hotel hasta el quinto piso de la *maison*

meublée, allá al otro lado del agua en las calles más apartadas.

Estudio curioso.

*
* *

Conozco á un sud-americano muy rico y muy pobre, que ha pasado por todas las vicisitudes que en París pueden ser la historia de un soltero, y cuya existencia me hizo conocer en tiempos ya lejanos la manera de ser de este gran pueblo.

Mi amigo llegó á París con crédito abierto en casa de un banquero por doscientos mil francos, y se propuso gastárselos alegremente, contando con que su padre, inmensamente rico, le enviaría más así que se acabaran.

Tomó todo el primer piso de uno de esos hoteles que hay bajo los arcos de la calle de Rivoli, frente al jardín de Tullerías.

Un salón, un cuarto de dormir, un tocador, un baño.

Al mismo tiempo alquiló un coche por todo el día.

Un peluquero venía á hacerle la *toilette* temprano.

Un *correveidile* de los muchos que hay por aquí le traía todo lo que mi amigo quería comprar, aprovechando, naturalmente, la ocasión de po-

nerle delante de los ojos cuantos caprichos pudieran precipitarle á gastar dinero.

Comía en su cuarto é invitaba todos los días á cuatro ó seis amigos.

Por las tardes íbamos al *Bois;* por la noche al teatro.

Después del teatro X*** iba al *Cercle,* donde jugaba.

En una semana adquirió reputación de rico. Las mujeres le escribían cartas muy cariñosas. Mi amigo era enamorado y rumboso.

Un día le dije:

—No te extrañe que mañana, desde las ocho, hora en que vendré á despertarte, hasta las doce de la noche, en que te dejaré á la puerta del *Club* para irme á la cama, vaya haciendo en mi cartera la cuenta de tus gastos de un día.

—Hazlos—me dijo:—yo no me ocupo de eso jamás, y así me proporcionarás ocasión de saber lo que se gasta en París en un día sin privarse de nada.

Veinticuatro horas después leíamos juntos mis apuntes, que arrojaron lo siguiente:

Día 4 de Abril de 18.....

	Francos
Alquiler de cuarto.....	100
Almuerzo y comida para cuatro amigos.....	152
Peluquero.....	6
Coche.....	40

Compras (cigarros, corbatas, fruslerías, periódicos, etc.)	60
Visita á Mademoiselle*** (*inteligenti pauca*)	500
Palco en Varietés, comprado en la *Agencia*	60
Cena con las actrices de los Bufos	246
Menudencias que se olvidan	20
TOTAL FRANCOS	1.184

—Agrega á eso—me dijo X***—tres mil seiscientos francos que perdí al *baccarat* después de dejarte, y un ramo de flores que le he enviado hoy á *Noemie,* que me ha costado cincuenta francos en el Boulevard de Capucines.

—Bueno;—añado;—pues, á mil ciento ochenta y cuatro francos, tres mil quinientos cincuenta...

—Y son...?

—Son, en *veinticuatro horas*, cuatro mil setecientos treinta y cuatro francos.

—Esto no puede continuar así—me dijo mi amigo;—tú me eres leal y me aconsejas que no derroche; á tí puedo declararte que he gastado en un mes más de catorce mil duros. Yo no suponía que París era tan caro... Nada, mañana voy á tomar un cuarto en el segundo piso; y en cuanto á los amigos, que coman por ahí. ¡No he de mantenerlos yo por su buena cara!

*
* *

Tuve que hacer un viaje y tardé dos meses en volver á París.

Busqué al americano en el hotel donde le dejé, pero ya no estaba allí.

Se había mudado á una *casa amueblada* de la calle de Galileo. La calle de Galileo está cerca del Arco del Triunfo.

Es todo aquel un barrio aristocrático y, por consiguiente, la fortuna de mi amigo no había, al parecer, venido á menos.

Le encontré en su casa la mañana en que volví á verle. Estaba acostado; me recibió, sin embargo, y sentado en el borde de su cama entablamos el siguiente diálogo:

—¿Cómo te ha ido desde que yo me fuí?—le dije.

—No muy bien. Mi padre ha hecho quiebra en Colombia, y, por consiguiente, no cuento más que con el resto de los cuarenta mil duros que traje, y de los cuales había gastado ya más de veinte mil cuando tú te marchastes.

—¿Has vuelto á jugar?

—Sí, y he vuelto á perder. Me quedan cinco mil duros nada más.

—¡Cinco mil nada más!

—Sí, querido, y en estos dos meses he conocido ya varios de los escalones que hay que bajar para llegar á la pobreza. Del cuarto magnífico del primer piso del hotel, me mudé á uno más modesto en el piso tercero. Comía fuera del hotel,

y para que veas que he aprendido algo de tí, mira lo que se gasta en París en esas condiciones.

Me dió una hoja de papel en la que leí la siguiente:

5 DE MAYO

	Francos
Alquiler de cuarto	10
Coche de alquiler, tres horas	6,50
Almuerzo en el café de París	17
Comida en *La Maison dorée*	28
Una butaca en el Teatro Francés	6
Frioleras	12
A *Alice*	.40
TOTAL	119,50

—¡Ya ves cómo he bajado! — exclamó dando un suspiro.

—Todo es relativo,—observé;—para mí sería el colmo del bienestar poder gastar en París cien francos diarios; para tí, millonario ayer, es hoy una miseria esta nota de un día.....

—¡Pero esto es de hace un mes!—exclamó;—ahora estoy á *pensión*, mis gastos de ahora son mucho menores.

—Veamos.

—Pago aquí trescientos francos al mes, y me dan cuarto, almuerzo y comida.

—Pongamos además el gasto de bujías, lavandera, periódicos, franqueo y demás.

—Eso es; me cuesta la vida quinientos francos mensuales.

—Tienes, por consiguiente, vida para un par de años.

—¡Quién sabe!

*
* *

Pero al llegar otoño recibí una carta de mi Columbiano, á quien no había visto durante la estación del calor, y decía así:

«Querido amigo: Estoy enfermo y solo, ven á verme, vivo en la calle Pigalle, núm. 60, cuarto quinto.»

Sin mala intención—debo declararlo—sonreí al leer esta carta.

Mi amigo—era indudable—bajaba con la rapidez con que desciende de un globo, cuyos habitantes ignoran donde van á parar.

La calle Pigalle, como sus adyacentes, forma parte de un *quartier* de artistas, en el que dominan los pintores y las muchachas bonitas y alegres.

Me figuré desde luego que X*** había tomado cuarto en alguna casa amueblada de poco precio.

Así era en efecto.

Vivía en un hotelito donde el cuarto le costaba tres francos diarios. Salía á almorzar y comer á los alrededores. Por allí hay restaurants baratos, donde el almuerzo cuesta dos francos y

la comida dos y medio. En la lista de su gasto diario, que me enseñó, ya no había ni *Noemis*, ni *Alices*, ni *butacas de teatro*, ni coches, ni flores. ¡Qué había de haber!

El cuaderno de aquel mes decía así invariablemente.

	Francos
Cuarto	3
Almuerzo	2,50
Comida	3
Periódicos	50
Ómnibus	1,50
TOTAL	10,50

Solamente en una de las hojas leí, sin poder contener la risa:

Comida con Luisa, la modelo de Pepe... 8 frs.

—¡Mucho ha bajado de precio el amor en tu vida!—exclamé sonriendo.

Y él, después de suspirar, me dijo:

—¡Ayer fuí á saludar en la calle á Noemi y volvió la cara al otro lado!

*
* *

Pues aún era esto la opulencia, según decía la *bonne*, que le barría el cuarto, y que me oyó comentar la situación de mi amigo.

—¡Cómo!—exclamó—les parece á ustedes que

gastan poco. Pues entonces qué dirían si hiciesen la vida de Mr. Gerard, que, según opinión de todo el *quartier*, ha de destronar á Carolus Durán dentro de poco.

—¿Qué hace de extraordinario ese Sr. Gerard?—pregunté yo.

—Vivir con más economía que este derrochón de su amigo de usted—me dijo en voz baja la criada.—¡Como se conoce que no tiene que ganarlo para comer!

—¿Pues cómo vive Mr. Gerard?

—Muy sencillo. Yo le hago la compra y sé perfectamente lo que gasta. Por la mañana, café con leche, que cuesta cinco sueldos; á las once su rica chuleta, su pedazo de queso y su media botella de vino, total un franco! A las seis una sopa y un pedazo de carne, un *mendiant* (1) y otra media botella, total un franco cincuenta. Agregue usted á eso veinticinco francos de alquiler de cuarto mensual, y dígame si un hombre no puede vivir como un rey por ciento veinticinco francos mensuales.

*
* *

Un año después de haber sostenido esta conversación, mi amigo heredó medio millón de

(1) **Almendras y pasas.**

duros de un pariente lejano que en su última hora se acordó de su sobrino.

¿Creéis que mi Colombiano volvió á las andadas? ¡Oh, no!

Vive desde entonces con modestia suma, y cuando algún amigo le pide, como antaño, cien francos, suele responder que no los tiene.

Y es que en la vida hay que sufrir para aprender;

> Pues del placer que se gozó sin tasa
> Nadie se ha dado cuenta hasta que pasa,

como dijo el poeta.

EL ENANO MISTERIOSO

«NADA hay más novelesco que la realidad», dijo Walter Scott.

Ni nada más realista que las monstruosidades de la vida errante y miserable, podría añadirse al leer lo que hoy ha de proporcionarme asunto para mi artículo.

Víctor Hugo, Flaubert, Zola, no han imaginado nada ni más patético ni más horroroso.

El caso es el siguiente:

Seis meses há, un saltimbanqui llamado José Lumeau, *compró* (nótese bien este principio), compró á los esposos Troublet; vecinos de Lille, un hijo deforme que éstos tenían.

El hijo vendido era enano. Su estatura, sesenta y dos centímetros; su edad, diez y siete años.

Era acaso el enano más extraordinario que haya visto el público aficionado á estos fenómenos que se enseñan en las ferias.

Su aspecto, dice la relación que nos sirve de

asunto, causaba honda pena, primeramente por la deformidad del cuerpo (la nariz era desmesurada, las manos y los pies enormes), y luego por la expresión de tristeza y constante aflicción que en él se observaba.

¡Pobre José!—decía yo ayer á mis solas leyendo esto. Desde niños nos hacen creer en lo primoroso de las obras del Criador.

¿Qué le hiciste tú al Dios que, según todos los catecismos, nos hecha al mundo, para que te expusiera á la befa continua de la humanidad?

Me figuro tu horrible fisonomía, constantemente contraída por la pena.

A veces nos aborrecerás á los demás mortales que sin haber puesto nada de nuestra parte hemos venído al mundo completos, dispuestos á amar y á ser amados, mientras que tú, allá en tu rincón de Lille, oirás á cada momento expresiones ya de risa ó de horror en los que te encuentran al paso.

¡No podrás amar, porque no encontrarás quien te ame! ¡Tus padres te venden!

.....

Pero dejemos para luego las digresiones.

José fué vendido al titiritero. El éxito de este enano sin rival fué extraordinario en varias ferias de los alrededores. La barraca de Lumeau estaba siempre llena. José era *un negocio*.

Pero al tal Lumeau no le bastaba enseñar á su *fenómeno*, que miraba con cierto desprecio á la multitud.

Había que añadir algún atractivo al espectáculo, y Lumeau imaginó una gran novedad.

Vestir al enano de domador y que éste hiciera un simulacro de lucha con los tigres.

Los tigres serían media docenas de gatos, pintados *ad hoc*, con rayas negras en el lomo.

José se presentaría al público rodeado de sus tigres en miniatura, agitaría el látigo como pudiera hacerlo Bidel con sus leones, y el público llenaría seguramente la barraca, dentro de la cual hallaría un espectáculo nuevo, gracioso, una gran *diversión*, en fin, que acaso produjera una fortuna.

Pero José tenía un miedo espantoso á los gatos.

Suplicó, lloró, quiso escaparse varias veces de las garras del titiritero, verdadero tigre con figura humana, que para obligarle á aprender le daba una paliza diaria.

No, no es posible que la multitud, indiferente al sufrimiento oculto de los que distraen, pueda suponer lo que aquel desgraciado debió pasar hasta acostumbrarse *por fuerza* á ser *cómico* domador de los seis gatos de su amo.

Por fin logró dominar su terror.

El miedo del látigo de su amo dió valeroso impulso al suyo, y después de grandes insomnios, infinitos puntapiés recibidos y amenazas

de no comer si no vencía su prevención, dió la primera representación, hace un mes, con éxito grande.

¡Pero estaba escrito que José llegase hasta el Calvario. Su *vía-crucis* debía ser horrible, y hé aquí lo que la prensa del Departamento ha referido en un suelto de veinte á treinta renglones:

«El 2 de Julio último, en la feria de Beaupré Sur-Saône, y cuando menos podía esperarse, uno de los gatos saltó al cuello de José y le hizo caer al suelo.

»En un segundo todos los demás tigres improvisados cayeron sobre el diminuto domador, y antes de que los pudiera apartar, el enano, estrangulado, arrancado los ojos, destrozado el rostro, había muerto.

»La nariz, arrancada por uno de los vengativos enemigos, se la comía uno de ellos en un rincón de la jaula á la vista del pueblo aterrado...

»Un grito de horror se escapó de todos los labios. La multitud pedía la muerte del amo, que huía del lugar del suceso para evitarla.

»Los Tribunales le buscan sin descanso.»

Declaro, á riesgo de caer en ridículo por exceso de sensibilidad, que estas líneas me amargaron el día de ayer.

Pensar que nacen séres monstruosos; que sus padres los venden; que hay miserables que los explotan; que un pueblo civilizado se divierte

con ellos, y que al fin son hechos pedazos á la vista del público... ¿Qué mundo es este, y qué feroces instintos los de esta humanidad, á la cual no parece sino que se le aumenta la crueldad á medida que va siendo más civilizada?

Supongo que ese *saltimbanqui* sea habido. La ley podrá condenarle á cinco ó seis años de prisión, pongamos doce, veinte, si os parece. ¿Será este bastante castigo?

¡Oh, no!

Yo le metiera en un tonel lleno de gatos rabiosos y le arrojara al mar, para que allá en el fondo del Océano, devorado por los hambrientos compañeros de eterno viaje, oyese la voz del enano sacrificado, renegando con *Don Álvaro* en el drama inmortal, de cuanto hay de noble y de santo sobre la haz de la tierra.

PRÍNCIPES DE CIENTO EN BOCA

La sangre azul, por influencia de los tiempos, hace ya muchos que tira á *colorada*, como decimos por ahí en lenguaje familiar; pero la sangre Real anda en Europa por los suelos.

Y basta vivir un año en el extranjero, recorrer en verano las playas de moda, hacer un poco en París la vida de eso que hemos dado en llamar *el mundo*, para convencerse de lo que digo.

En todas partes hay Príncipes..... materialmente tirados.....

Se ve cada individuo de familia Real venido á menos, que casi da lástima.

Hay cada Príncipe de *huésped*, y cada Alteza de última hora, que verdaderamente causa pena.

Conozco Príncipes *primos donos*, y Príncipes

especuladores, y Príncipes cantantes, y hasta Príncipes..... *griegos*.

Los banqueros, los norteamericanos ricos, las mujeres en moda, los tienen como artículos de lujo. Cuando dan una comida invitan á uno ó dos de estos serenísimos señores á la cuarta pregunta, y pueden decir, presentándoles á sus convidados:

—Su alteza el Príncipe de***

Las bailarinas de la Ópera los tutean.

—Príncipe, convídame á cenar.

—Principito, ayúdame á ponerme el abrigo.

Alfonso Daudet los ha puesto de vuelta y media de la manera más delicada, y su libro se ha agotado diez veces. Ahora los va llevar Coquelín al teatro del Vaudeville. Ohnet los ha puesto en evidencia en *Serge Panine*. Los periódicos que anuncian los viajeros que llegan á un hotel, me los igualan con los plebeyos de una manera lastimosa.

Anteayer leí en una de esas listas:

«VIAJEROS LLEGADOS EL 6»

»Mr. Duval, banquero.

»Mr. Klen, periodista.

Mme. Froussard, partera *(sage-femme)* norteamericana.

»Mr. Favart, fotógrafo.

»Su Alteza el Príncipe de***.»

—Ya me han puesto al Príncipe el último—exclamé.—¡Qué consideración!

Por delante de mi casa de Biarritz pasan más Príncipes en verano que moscas.

La Rusia y la Alemania nos envían todos los años vagones llenos de Príncipes y de Princesas que pagan diez francos de hotel y juegan al *baccarat* como simples mortales.

Yo creo que en Rusia es Príncipe todo el mundo, y por eso los nihilistas buscan manera de matarles á manadas.

El Almanaque de Gotha acabará por ser, dentro de pocos años, un cuadernito de ocho ó diez páginas.

En París no se pasa semana sin que nos caiga un Rey destronado, que viene á tomar un bock al boulevard y á comer en la sala grande del Continental por siete modestas pesetas.

Mientras los industriales, los artistas, los médicos, los abogados, los periodistas, edifican hoteles y hacen fortuna trabajando, estos pobres Príncipes ambulantes, que no saben nada de eso y nacieron oyendo que tenían derecho á no ocuparse de maldita de Dios la cosa, se pasean con las manos en los bolsillos por el *foyer* de algún teatro ó por el salón de un *club*, donde cualquiera de sus vasallos gasta doble que ellos, lo cual debe parecerles contra naturaleza.

Desde que hemos visto á un Emperador ultramarino viajando á precios reducidos por

cuenta de una agencia de esas que dan abonos de locomoción, y á un ex rey de las Españas comiendo *ecrevisses* (vulgo cangrejos) en el restaurant de Hills con una de esas señoritas que cantan tirolesas, nos han dado ganas de ponernos luto por el derecho divino y demás que al respaldo se expresa.

Al lado mío comía un Príncipe, sobrino de todo un Czar, el año pasado, en Luchón, en la mesa redonda, y sin meterse con nadie, olvidándose sin duda de que no le servían el primero; y una tarde se marchó antes que yo y se llevó mi sombrero, creyendo que era el suyo.

—¿Y mi sombrero? — dije yo al notar el cambio.

—Se lo habrá llevado el Gran Duque—observó el camarero.

—Pues su alteza no es *tonta*—dije yo—porque el mío era nuevo.

—Es muy distraído; generalmente se lleva las cosas de los demás.....

—Costumbre de familia—exclamó un periodista parisiense.

Francamente, hay demasiados Príncipes por ahí para que sean todos de veras.

Si no, ¿cómo pudieran oirse cosas como ésta?

Prendieron esta primavera á un tal Barrero, por distraído de manos, en los almacenes del *Louvre*.

Este tal era español, según decían los perió-

dicos, y al ser preso, quiso hacerse pasar por Grande de España.

—¿A mí con esas?—contestó el Comisario.—¡Conque tengo esta noche á un Príncipe en el *violón!*

Casi todas esas sociedades de crédito que aparecen y desaparecen con tanta frecuencia en estos grandes centros, tienen *altezas* en sus consejos de administración. Son Príncipes de adorno, como las princesitas que se ven en los casinos de las poblaciones balnearias. Una de ellas se ha casado con un *nigromántico* portugués, que le dice á usted lo que ha de pasarle el año que viene, mediante dos duros.

París va recogiendo todo lo que la Europa desecha en materia de principados, ducadillos y tronos de poco más ó menos, quedándose solamente con los reyes de cuerpo entero que aún conservan algo de la grandeza real, por ejemplo, las fórmulas de cancillería de que hablaba Scholle hace una semana copiando aquello de «Su Majestad *se ha dignado* dar á luz un Príncipe...»

Así es que aquí hay una verdadera nube de Príncipes sin colocación, que dan lugar á lo que sucedió en casa del otro periodista parisiense, y que servirá de final á estas observaciones.

El ex rey de*** había estado á visitar al periodista (¡oh, tiempos!) y le ofreció volver, porque tenía que recomendarle algo.

Y cuando volvió, el periodista dormía, y el criado le despertó, diciéndole sencillamente:

—Señorito, ahí está el Rey del otro día.

EL HOTEL DE LOS FENÓMENOS

DECÍA Marmontel que el gran mundo es un baile de máscaras; pero de París pudiera decirse que es la gran casa de locos de Europa. La diversidad de tipos y costumbres, el culto de lo extraordinario ó de lo extrafalario, la monomanía de llamar la atención, el afán de salirse de lo natural, la constante exposición de extrañas personalidades que acuden de todo el mundo conocido, todo esto constituye el encanto del observador.

Y á veces, donde menos pudiera uno figurárselo, encuentra nueva ocasión de estudio *sui generis*.

Por ejemplo, el *Hotel de los fenómenos*.

¿El Hotel de los fenómenos? dirá el curioso. ¿Que viene á ser eso?

Lo que su nombre indica. Un hotel... donde

no habitan más que los fenómenos de las ferias.

¿Quién no ha visto en las barracas de las ferias de su pueblo esos *esperpentos* horribles, la mujer con barbas, el enano con dos cabezas, el domador de gatos, la giganta extremeña, la mujer-pez ó el hombre sin brazos?

Pues imagínese la cantidad de estos mónstruos que vendrá á París á exhibirse en las ferias de extramuros y el conjunto que debe ofrecer un hotel donde no habita sino gente de este jaez.

Dudaba yo de que el establecimiento existiera, por más que algunos periódicos, y en diferentes ocasiones, habían hablado de él ligeramente.

Ayer la casualidad me llevó á Pantín. El hotel está allí.

En una especie de caserón de planchas de hierro, sucursal del antiguo *Hotel de los monstruos*, que existía hace algunos años en el camino de la Revolte y que ha desaparecido bajo el pico de las demoliciones que han agrandado al París moderno.

El patio de este hotel se parece al de todos. Un gran vestíbulo en el que no se vé nada de particular; después el comedor en el fondo.

A la hora de comer es cuando hay que ver aquello.

Alrededor de una gran mesa cincuenta ó sesenta abortos de la naturaleza, á cual más es-

pantoso, comen y charlan, armando un ruido de todos los demonios.

¿Quién puede decir que éstas son las hechuras del Criador?

¿Qué ley natural ha presidido á la concepción de tales individuos?

—¡Oh, qué deformidades!—exclamaba yo; y una mujer sin brazos, que cose con los pies, me oyó, y dijo:

—Pues ¿qué diferencia hay entre mi modo de ser y el de la Venus de Milo?

Probaba esta *fenomenita*—como la llamaba el amigo que iba acompañándome—que el que no se consuela es porque no quiere.

Un gigante, con la fisonomía más estúpida, le estaba echando vino en su vaso á la mujer con barbas. La mujer sin brazos se dejaba dar de comer por uno de los dos enanos que la trataba con especial cariño. Enfrente, un joven, que tiene la cabeza completamente caída sobre la nuca, tomaba las posturas más raras posibles, para contemplar á una *albina,* de la que decían los comensales que estaba enamorado. Un extraño personaje con todo el cuerpo lleno de figuras, palabras y signos cabalísticos, resultado sin duda de muchos años de presidio, hablaba de política con un cíclope de carne y hueso que nos miraba con su único ojo, como extrañándole nuestra visita. Había en el centro de la mesa una mujer cuya piel estaba cubierta de escamas,

como la de una merluza, y que no era fea, aunque escamada; y el hombre pez, á quien enseñan en su barraca dentro de una tina, estaba hablando sobre sus viajes al corazón de África y sobre la existencia de los antropófagos.—Pues y tú que estás comiendo pescado ¿qué eres?—decía su vecino el hombre-cañón, que tiene por cierto, voz de tiple.

Después de comer, los fenómenos juegan á la lotería ó al billar, y muchas noches se improvisa un baile...

—Pero ¡qué baile!—nos decía el mozo del comedor.—Eso es lo que debieran ustedes ver. Al són de un organillo que se paga á escote, saltan y brincan los que tienen pies, y los demás alborotan desde sus bancos, armando el ruido más infernal que imaginarse puede. Indudablemente será este baile *monstruoso*, un cuento de Hoffman.

—Y... ¿son mala gente?

—No, señor—dijo el camarero;—es raro que haya discusión. Las únicas que suelen surgir son por cuestiones de amor propio.

—¿Cómo?

—Porque el gigante, por ejemplo, cree que es superior á todos sus amigos, ó porque la mujer con barbas desprecia á la que levanta dos arrobas de peso con los dientes. Se oyen discusiones muy graciosas...

Y es natural. Aun dentro de la monstruosidad debe haber la envidia que devora á todos los

individuos de una misma profesión, arte ú oficio.

Será de oir cuando el enano haga alarde de su pequeñez ó cuando la *sirena* se burle de la gitana chica.

De un hombre todo jorobas decía el camarero que había dado pruebas de tener una alma muy hermosa.

Recordé sin querer tantos buenos mozos con alma atravesada, y tantas hermosuras perversas.

La Biblia dice que al crear Dios al hombre le hizo á su imagen y semejanza.

Este lenguaje bíblico es muy vago.

MUJERES TRISTES

(MISERIAS DE LA VIDA PARISIENSE)

HABLÁBAMOS el otro día de la triste situación de millares de niños en este París, tan dorado por fuera y tan negro por dentro.

Hoy hemos de hablar de la odisea de millares de mujeres bonitas á quienes no es dado ser virtuosas aunque pongan empeño en serlo. Se dice fácilmente que la virtud es invencible. ¡Ah! en un pueblo como éste, donde todo tiende al perfeccionamiento del vicio, ¡qué difícil es vencer sus mil artes y seducciones! Aun no hace quince días que la Prefectura de Policía ha comenzado á tomar medidas riguross contra lasagencias de criadas, porque resulta que estas agencias no son sino trampas hábilmente armadas para que caigan en ellas las muchachas que vienen del campo á servir á París, y de las cuales pretende sacar partido la prostitución, espanto-

samente extendida. Con este motivo un periódico pide que se apliquen las mismas medidas á las *brasseries* y á las *guanterías*.

Muchos lectores españoles ignoran estos varios aspectos del vicio parisiense.

Nuestra *causerie* de hoy versará sobre tan espinosa materia, que me obligo á tratar con toda mesura.

*
* *

—¿La ves?—me decía un amigo la otra noche, mientras al salir de la ópera tomábamos, no recuerdo qué, en el café de la Paz.—¿La ves? —¡Pues yo la he conocido con zuecos!

Se refería mi amigo á una mujer... ¿qué digo mujer? á una niña de diez y siete á diez y ocho años, que hacía resaltar su hermosura con todos los atractivos que tiene el lujo; pero ese lujo que denuncia desde el primer momento á la mujer de vida airada.

—¿Y qué iba á hacer?—observé yo, si de seguro habrá pasado todo el *vía crucis* de París?

—¡Oh, sí, todo! Quiso ser cocinera, y en la agencia la enviaron á servir á un señor solo, que tenía dado encargo *de una niña bonita*, entonces pensó en ser dependiente de comercio, y... ya sabes lo que se exige por los dueños ó gerentes de los grandes almacenes; rehusó, y le enviaron á una *brasserie;* esto le dió asco, y le dijeron que poniendo tantas dificultades no

hallaría colocación; gastó lo poco que traía del pueblo; llegó á pedir limosna ofreciendo flores; una vendedora de periódicos le alquiló un traje nuevo; la llevaron una noche á un baile, allá al otro lado del Sena, para que vendiese *bouquets* de violetas. Un estudiante la enamoró y se la llevó consigo; de allí salió para el hospital; del hospital fué al *châtelet* á ganar dos francos *nocturnos*, por salir en cueros á mecerse en los aires, al final del baile, en una comedia de magia. En una cena de bailarinas le hicieron el favor de convidarla; y allí le propuso *una posición* un ruso caprichoso y rico, de cuyo lado se alejó en cuanto tuvo los primeros mil francos. Desde entonces *se estableció*, y comenzó á llamarse *Sara* y á darse tono de judía. Ya la ves, está en moda: «¡Adiós, Sara!»

Y Sara nos saludó con cierta distinción mientras subía á su berlina.

—¡Pues esta muchacha quiso ser honrada!—aseguraba mi amigo. — ¡No contó con que aquí... no se puede!

*
* *

Y acaso es verdad.

Por muy rica que la Francia sea, no convencerá á nadie de que sus modistas, sus bailarinas, sus actrices, sus mujeres casadas con modestos empleados, pueden andar en la calle con ese

lujo, superior á los medios de ostentarlo. Y no es efecto del crédito, ni de la bondad del comercio, no, es un lujo que se paga al contado, pero por todos los medios posibles.

De aquí las mujeres que venden guantes, vestidas de raso, y que cantan coros con brillantes en manos y orejas, y por eso se ve, en fin, á todas horas, en todas partes, tal cantidad de mujeres elegantísimas, que dan envidia á cualquier extranjera rica.

Acaso ninguna de ellas ha podido ser virtuosa. Todo se opone aquí á tal propósito. La inmoralidad está organizada como puede estarlo el comercio, la industria, la administración pública.

Influye de tal modo en todos, que seis meses de permanencia en esta gran capital tuercen el criterio, modifican los puntos de vista, pervierten el carácter, nos contagian sin que nos demos cuenta.

¿En qué consiste, si no, que la comedia que silbaríamos indignados en Madrid, aquí nos encanta y nos convence?

¿Por qué razón allí amamos á una mujer y aquí queremos comprarlas á todas?

Un marido, á quien yo conozco, quiso matar á un amigo suyo en Madrid, al sorprenderle besando la mano á su señora.

La otra noche me decía aquí, hablando con un compatriota nuestro:

—¡Qué grosero es! ¡Ni siquiera le ha besado la mano á Anita!

La moda es una ley. Y aquí la moda tiende siempre á la perversión!

Y la perversión atrae.

*
* *

Obrera ó sirvienta, la mujer en París ha de contar siempre con la inmensa cantidad de otras como ella que han de impedirle hallar colocación.

Desde luego, si es fea, no debe esperar nada. Hay quien cree que en París sólo hay mujeres bonitas. Error crasísimo. Sólo vemos bonitas, graciosas, distinguidas, en los almacenes, en el *restaurant*, en el Bois, en la escena, en la sala, porque las feas no salen á la calle. ¿A qué?

Siendo bonita, se la exige casi siempre el sacrificio de su dignidad para entrar á formar parte del personal de un gran almacén.

Por cientos se cuentan las que hay en esos grandes centros donde se ha llegado á vender en tales condiciones de baratura, que apenas se comprende.

El ingreso en el Louvre, por ejemplo, es dificilísimo para una mujer. Las solicitudes *que esperan* turno en la Dirección ó en la Secretaría son incalculables.

—«¿De donde salen tantas *horteras* bonitas?»—

me preguntaba una dama española á quien encontré un día allí.—«No *salen* todas—dije;—hay más de mil ocultas esperando vacante.»

Y para conseguir una plaza..... ya se sabe. El jefe de la sección pide favores que la necesidad fuerza á conceder; y como el salario es exiguo, al anochecer puede observar el curioso la extensa fila de estudiantes, comisionistas, pasantes de abogado, comerciantes de la vecindad, viejos viciosos y toda casta de pájaros, en fin, que están allí esperando oir sonar las ocho, hora en que salen las señoritas del almacén.

Todas van el domingo al campo, alegres, elegantes, acompañadas de su amigo, que suele variar cada mes, según las vicisitudes por que pasa el bolsillo.

***

Y éstas son las que pudiéramos llamar honradas.

Son las que prefieren la independencia que da el trabajo; son las que, no por haber dado el primer paso en la pendiente de esta vida *sui generis*, creen haber perdido todo derecho á la vida de familia, más tarde ó más temprano.

Algunas pasan del *atelier* de una modista ó del *comptoir* del almacén á los bastidores del teatro.

Estas pertenecen ya á otra categoría más elevada.

¡Bajo el nombre de artista caben tantas variedades de mujeres!

Desde la que hace de figura decorativa en la comedia de magia, hasta la que baila en la Ópera, puede calcularse en mil ó mil quinientas la cifra de las mujeres que, ganando de dos á diez francos diarios, son, sin embargo, el encanto de dos ó tres mil solteros, que se encargan de sostener sus pretensiones.

El ideal de este grupo es llegar á formar parte del cuerpo de baile de la Ópera.

En París el baile de la Grande Ópera tiene más importancia que la Ópera misma. De ahí la necesidad de esos grandes bailes en dos actos, que la Dirección pone en escena con lujo verdaderamente asombroso. De ahí la necesidad de un *foyer* donde los abonados puedan entrar á saludar á sus amigas las bailarinas. Sólo ellos pueden entrar, sólo el abonado *á diario* disfruta de este honor.

Y cada bailarina tiene su círculo de íntimos, y su amante predilecto, y su historia, que no sólo se sabe, sino que se publica.

El *Événement* ocupó casi una plana entera, hace dos meses, con la historia de cada una de estas diosas del París elegante. ¡Qué detalles había en esta crónica escandalosa! Sería imposible reproducirlos.

¡Sus nombres, sus amantes, sus..... alumbramientos!

Y el periódico se agotó aquel día.

*
* *

Quisiera yo poder trasladar á los honrados y pacíficos vecinos de Burgos, Soria, Sigüenza ó Calatayud, como en romería, á uno de esos establecimientos llamados *brasseries*, donde un público alegre y bullicioso bebe cerveza ó cena, de doce á dos, servido por mujeres.

En algunos de esos cafés, las muchachas están caprichosamente vestidas, según el modelo ideado por Grevin, ó cualquier otro dibujante popular. Un traje lo más aproximado á la desnudez. La pierna entera al aire, un jubón apretado, escote sin igual..... en una palabra, el traje de una bailarina vestida de hombre.

Estas muchachas no reciben salario alguno. Convienen con el dueño del establecimienio en pagar lo que tomen en el mostrador; su interés está en vender mucho á los alegres parroquianos, que, sin ocuparse unos de otros, y como si todo lo que allí sucede fuese la cosa más natural del mundo, las sientan sobre sus rodillas, y parten con ellas lo que toman, y les pagan con algún exceso.

El cuadro que un establecimiento de estos ofrece sería indescriptible. Es la Francia de Se-

dan olvidando sus penas en una atmósfera que asfixia.

*
* *

Y á pesar de esta vida viciosa, hay en ella un fondo de formalidad y de virtud *casera* que se compadece mal con el vicio mismo.

¿Quién pudiera imaginar que el vicio fuese un trabajo como otro cualquiera para asegurar la paz de la vejez?

Y, sin embargo, nada más cierto.

No hay más que ir por las mañanas á cualquiera de las cajas de ahorros que el Gobierno ha establecido en todas las administraciones de Correos.

Al lado del modesto empleado y de la juiciosa obrera, que van á depositar allí el producto líquido de su trabajo, se ven siempre mujeres bonitas, cuyo aspecto denuncia el género de vida que hacen.

No hace muchos días que, acompañando un amigo, encontré ocasión de hacer esto.

Una de las mujeres que hacían cola esperando vez para depositar en la Caja postal cien francos que tenía en la mano, era antigua conocida del amigo mío.

—¡Gabriela!—exclamó éste sorprendido de verla.

—¡Hola!

—¿Qué vienes á hacer aquí?

—A traer mis cien francos.

—¿Tus economías?

—Naturalmente.

Y después de varias preguntas nuestras, Gabriela nos expuso todo su plan de hacienda.

Con el ahorro de sus..... *galanterías*, ahorra doscientos francos todas las semanas, ó sean ochocientos francos al mes, ó lo que es lo mismo, nueve mil seiscientos francos al año.

Me iré á mi alegre valle, allá en Saboya, y haré felices á mis padres, pobres campesinos, que me creen modista, y á los cuales les he hecho creer que tengo un *atelier* mío.

Con cuarenta mil francos encontraré un marido honrado, sencillo, y allí me quedaré, siendo considerada de mis convecinos, y pasando en la tranquilidad del campo el resto de mis días.

¡Oh! ¡Cuántos tomos de reflexiones más ó menos morales pudieran hacerse estudiando este criterio especial de la mujer de París, que funda la paz de su vejez en la explotación de su juvenil hermosura!

UN GRAN SEÑOR

No, no era María una Parisiense como la generalidad.

Al contrario, tenía empeño en salvar su virtud de este peligro constante á que está expuesta una muchacha que vive de su trabajo.

Era muy linda; ya no lo es, por razones físicas que adivinará el que lea hasta el fin. Tenían un cuarto cuidadosamente amueblado en la calle de Miromesnil, y cuando volvía de su almacén á las diez de la noche, se recreaba contemplando sus muebles de terciopelo azul, su comedorcito tan limpio y tan sencillo, sus flores del domingo pasado todavía frescas en los vasos chinos de la chimenea.

Su madre, que acababa de morir, había gastado cerca de dos mil francos en amueblar la casa, que ahora ya era grande para una muchacha sola; pero María pensaba mudarse en Octubre, y entretanto disfrutaba de su *appartement* en

unión de la criada que había servido siempre á la madre y la hija.

María ganaba diez francos diarios como *primera* en una gran casa de París. Se la estimaba mucho porque tenía fama de honrada, y esto va siendo raro.

No se crea por eso que la muchacha dejaba de tener sus aventurillas, pero eso *no se cuenta* en la vida parisiense.

¿Quién lo sabe? Y es axioma de mucha gente que lo que se ignora no desacredita.

Ello es que para lo que se usa por este lado de los Pirineos, María era una excelente muchacha, se proponía ahorrar y casarse... ¿Casarse con quién?

Con un caballero. Ah, en eso no admitía discusión. Cuando las amigas objetaban que en su posición podía aspirar á ser la mujer de un empleado de comercio, de un *maître d'hôtel* de gran restaurant, de un artista naciente, María protestaba, porque tenía la pretensión de hallar un hombre *chic*, un gran señor...

Y lo encontró. Fué una noche al salir de su trabajo. Ella iba por una acera de la calle de la Paz, con el paraguas en la mano derecha y la falda recogida en la izquierda, enseñando esa pierna torneada que el vecino de París ni mira siquiera, y al extranjero le vuelve loco. Él iba detrás tarareando el *couplet* de moda, vestido á la inglesa con un gabancito de esos que parecen

chaquetas, los pantalones arremangados y las botas sin tacón, muy grandes.

La conversación se entabló muy pronto. El aire del *gentleman* le gustó. La acompañó hasta su casa; María resistió, dijo que era preciso conocerse más...

Las citas menudearon, y al cabo de cuatro días, nuestro hombre... subió.

—Yo—le dijo á María desde la primera noche, soy el hijo mayor del marqués de*** (título italiano), tengo para gastar en París cinco mil francos al mes, que me envía papá y que empleo en aburrirme soberanamente. Estoy harto del *Bois*, y de la ópera, y del café inglés, y del *Petit Club* y de las *ecuyères* del Circo y de las bailarinas del Eden, y de Fanny, y de Emma, y de Valentina y de Noemie, me fastidia el *baccarat*, me carga el paseo á caballo, no me divierto en sociedad, ya el frac me parece camisa de fuerza. Esto, esto es lo que yo vengo pidiéndole á mi fortuna. La muchacha honrada, que trabaja y se oculta como las violetas, que sabe amar y tiene corazón, y hace agradable la existencia. ¡Te voy á querer con delirio!

Y María se creía feliz.

Así que vió el cuarto le dijo:

—Mira, supuesto que ya estamos de acuerdo (y ya lo estaban), hay que pensar seriamiente en que este zaquizamí sea casa; así no se puede vivir, y como desde la semana que viene yo he

de vivir ya aquí contigo y tú no has de trabajar más, y éste ha de ser nuestro adorado nido... hay que pensar en arreglar esto.

¿Qué más podía desear María? Lo de la boda, ya se lo propondría ella con el tiempo, por de pronto la boda privada ya estaba hecha y no tenía más que hacer sino dejarse obsequiar por el galante amigo.

—Este saloncito, donde estamos, se forrará de raso azul á pliegues, y en las paredes pondremos un Corot, un Rousseau y un Rembrandt, que ya he visto yo hoy en casa de Goupil. Sobre la chimenea pondremos tu fotografía grande, que nos hará Van Bosch, con un marco de piel de Rusia muy ancho, y la mía á caballo en otro. A los lados unos jarrones, japonés antiguo. Nada de reloj, yo no quiero saber que se pasa el tiempo á tu lado.

Los muebles pocos y cómodos. Una *chaise-longue capitonnée*, una butaca de dos personas para que leamos abrazados, una mesa Luis XVI con lámpara y su pantalla grande que vele bien la luz. Dos jardineras altas para tus flores y una pajarera llena de bichos para que te arruyen. ¿Qué te parece?

María estaba encantada.

El comedor hay que ponerlo todo nuevo en *vieux chêne*, la suspensión de bronce, en las paredes unos bodegones antiguos, un reloj de la misma madera que las sillas, que serán alema-

nas, las he visto hoy en el Hotel de ventas, deben ser de alguna familia Real... El aparador será de estos bretones con las vidrieras diminutas, y luego llenaremos paredes, cornisa y marcos de los espejos de platos italianos, españoles, franceses y alemanes, antiguos y modernos, pero una verdadera colección. Hay que poner el cordón eléctrico pendiente de la suspensión, y hay que abrir un marco en la pared para que el cocinero sirva los platos al criado del comedor. La vajilla la haremos traer de Viena.

María sudaba de emoción.

—Tu cuarto de dormir quiero ponerlo como el de *mamá*. De raso blanco y rosa con encajes las cortinas de la cama y del balcón. La cama será blanca también, estilo segundo imperio. Un lavabo de dos cuerpos, un armario especial, cuyo modelo daré yo al tapicero, un reclinatorio y una *madona* italiana que yo le pediré á mi padre y que costó á mi abuelo 30.000 francos. La chimenea la forraremos como la cama, los muebles serán idénticos, y en las paredes pondremos todo género de chucherías, que elegirás tú misma en las tiendas de antigüedades, porcelanas, *bibelots*, estatuitas para encima de los muebles con que tú quieras completar el cuarto...

Sonó un beso.

—Ese cuarto de tocador que hay junto al tuyo se convertirá en baño. Pondremos la tina, la

caldera con su aparato de gas para calentar el agua, un gran lavabo de mármol, la ducha en un rincón, y todo ello adornado con plantas exóticas y de flores.

Lo que es el cuarto de tu madre lo destino para mí, y yo lo arreglaré á gusto mío, sencillo y cómodo, porque en él no he de estar mientras tú te quedes en casa.

María quiso hablar, pero él continuó:

—Hay que poner á toda la casa una alfombra fuerte, porque estamos al Norte, y en invierno debe hacer aquí frío. Hay que instalar en los pasillos el gas, como en todas partes, y un calorífero sería mejor si el propietario quiere hacer la obra, pero le pagaremos lo que cueste y lo tendremos. La criada que tienes la conservaremos como recuerdo, y para ayudar al cocinero. Tomaremos una doncella para tí, un ayuda de cámara para mí y un *groom* para los recados y para abrir la puerta. Recuérdame que haga el abono de una berlina y otro á los martes de la Comedia francesa.

Y si algo se me olvida tú me lo recordarás, ¿verdad amor mío?...

La contestación fué muda, sorda, apasionada, indescriptible, porque hay cosas que ni Flaubert, ni Daudet podrían describir fielmente y no escribo yo para lectores de quince años.

A las doce y media de la noche María ayudó al galán á ponerse el abrigo, bajó con él hasta

la puerta de la calle, alumbrándole con una bujía...

—Hasta mañana,—dijo él á media voz.

—¡Hasta mañana!

*
* *

Pasó esto nueve meses há. El caballero no volvió más ni María supo de él nada. Desde aquella noche está enferma de muerte. Me contó todo esto ayer... después del bautizo.

ENAMORADO DE LA MUERTE

Por algo notaba yo en el rostro de mi pobre amigo Fulano de Tal una constante y activa tristeza.

Fulano de Tal apenas habla.

Se reune con sus amigos... para escucharles.

Algunas veces, al oir una frase graciosa, sonríe. Pero hasta en sus sonrisas hay amargura.

Dicen que ha sufrido grandes desengaños. Figuró en política, en literatura, en eso que hemos dado en llamar *la alta sociedad;* pero de todas partes salió, como vulgalmente se dice, «con las manos en la cabeza.»

Y, sin embargo, el pobre Fulano no tiene mal carácter.

Por el contrario, es un buen muchacho.

Un primo suyo, célebre porque tiene la moderna habilidad de engañar á las gentes y dejarlas contentas, asegura que á Fulano le perjudica extraordinariamente ser hombre de bien.

Recuerdo que cuando éramos estudiantes, Fulano tenía una novia por la cual perdió el curso de Física.

La quería mucho. Al volver de unas vacaciones, me encontré á Fulano muy flaco, vestido de luto, sin que se le hubiera muerto pariente alguno.

—¿Y Luisa?—le pregunté.

—Se casó con otro.

Y sonreía.

¡Pero qué sonrisa aquella! Siempre que le veo sonreir ahora, me acuerdo de aquel día.

Éramos los dos periodistas, y le he visto durante varios años escribir notables artículos en defensa de nuestro bello ideal...

Se «armó la gorda» y nos colocaron á todos. A Fulano le ofrecieron cien cargos. Ninguno le gustaba. Decían que era muy ambicioso. Sin embargo, él no variaba su obscura vida...

Poco tiempo después me aseguraron que se casaba.

En efecto, se unió á una mujer muy pobre. Fué feliz un año, no sé cómo, pero él me afirmó que lo era, y es hombre incapaz de mentir.

—¿Te has colocado al fin?

—No.

—¿Qué haces?

—Nada.

—¿De qué vives?

—No lo sé.

—¡Qué hombre más raro!—dije para mí; y me separé de él sin volver á verle en dos años.

Al encontrarle de nuevo, me dijo que pensaba entablar demanda de divorcio.

—Y ¿por qué?

—Porque mi mujer se queja de que no tengo dinero.

—¿Y por qué no trabajas?

—Porque no he de pasar por lo que pasa todo el mundo.

—Pero en fin... con el mundo hay que transigir...

—Yo no transijo con nada.

—Te harás aborrecible.

—Ya lo sé.

—Entonces...

—¡Adiós!

Y me volvió la espalda.

En resumen: Fulano de Tal, según cuantos le conocen, es «un animal raro.»

Pero á mí no me pareció nunca tan raro como el otro día, cuando me le encontré parado delante del almacén de cajas de muerto de la calle del Desengaño.

Estaba inmóvil, con las manos cruzadas atrás, contemplando, en verdadero éxtasis los féretros adornados con galones de oro...

—¿Qué haces ahí?

—Ya ves. Viendo ataudes...

—¿Se te ha muerto alguien?

—No.

—Entonces que...

—¡Ah! ¡Los compraría todos!

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? ¡Para mí!

Y echándome la mano sobre el hombro exclamó:

—¿No has observado que yo me siento siempre con las manos cruzadas sobre el pecho?

—Sí, he creido notar...

—Es la postura de los muertos.

—¡Pero hombre...!

—Cuando me acuesto me coloco boca arriba en la cama, y las cruzo también... y si vieras qué feliz me haría quien en esos momentos me asegurase que no había de despertar... ¿Creerás que estoy loco, verdad? No, querido amigo mío, no, ¡es que estoy enamorado de la muerte!

Suspiró un momento, y continuó:

—Aquí donde me ves, nunca he hecho cama. Treinta años hace que salgo á disgusto por día, pero de esos disgustos que las gentes ni ven ni aprecian, ó si los notan, les importan nada... Todas las amarguras porque un hombre puede pasar, las he sufrido yo en silencio, observando con el más profundo dolor las injusticias y las miserias de esta despreciable humanidad, á la cual no puedo decirle que no me ha comprendido, porque se echaría á reir, que yo soy quien no la ha comprendido á ella...

Yo amo por amor, y los demás aman por algo más ó por algo menos.

He querido ¡pobre de mí! realizar en la vida práctica los grandes ideales de nuestro tiempo, y no he tenido ni la fuerza moral para imponerlos ni país que los secundara.

Siempre he oído en torno de mí que las teorías no se realizan de pronto...

El trabajo que yo considero verdaderamente tal, ese trabajo intelectual que requiere tranquilidad, reposo, ánimo sereno... no me ha sido dado emprenderlo, porque la vida que vosotros llamáis «práctica» exige una asiduidad fatal para no morirse de hambre...

Hice versos en mi juventud y no los leyó nadie, no porque fuesen malos, sino porque eran poesía.

No sé hacer dinero. No quiero jugar por no atentar al de nadie. ¡No soy, en fin, nada!

Así, pues, me queda todo el día libre para presenciar las equivocaciones de los demás. Cuando llega la noche voy sumando la tristeza de hoy con la de ayer, y entonces me las disipa todas esa novia que nunca llego á ver, adorado tormento que no viene; *la muerte*, en fin, que sin duda ninguna pasa todos los días por delante de mis ventanas, tocando con sus descarnados huesos en todas las vidrieras, ¡y nunca en las mías!

¡Oh! Si me vieses algunas mañanas meterme

en un coche y seguir á los que van detrás de un entierro...

Reirías de fijo de mi locura, pero te digo en Dios y en mi ánima que yo hago estas excursiones muy en serio.

Cada muerto que pasa por delante de mis balcones me parece un pariente y amigo que va delante de mí á buscarme lugar por allá, Dios sabe dónde... A veces me enfurezco contra la muerte, que suele equivocarse todos los días.

Anteayer ví enterrar á un niño.

Le envidié, porque no verá nada de lo que he visto yo en treinta años.

Ayer tarde, al llegar al cementerio siguiendo á un cadáver, ví, cuando descubrían el féretro, que la emigrante de la vida era una hermosísima joven.

¿No sería más lógico que desapareciese yo?

¡Ay! ¡Si no creyera que el suicidio es una cobardía!

Pero no lo intentaré nunca. Esperaré, y creo que será mucho tiempo, porque en mi familia, que es de desgraciados, todos han vivido mucho tiempo.

Veré el mundo tal cual es hasta sabe Dios cuando, y la muerte, burlona y despiadada revoloteará en torno de mí arrebatando en la vecindad vidas preciosas...

¡Te aseguro que el primer dinero que tenga he de emplearlo en una de estas cajas galonea-

das de oro, y he de viajar con ella, y hacer lo que aquel niño... mira!...

Dentro de la tienda veíase á un muchacho de ocho á diez años que se metía dentro de un ataúd sin forrar, y adoptaba, jugando, la postura de un muerto.

Un obrero del establecimiento se dirigió á él, y le sacó bruscamente de allí diciéndole que con la muerte no se juega.

Y Fulano de Tal sonriendo como sólo él sonríe:

—¡Imbécil! ¡El niño sabe á donde va! ¡Yo quiero... y no puedo! ¡Vivamos otro año!

Estaban dando las doce de la noche del último día de Diciembre.

Fulano de Tal no es el sólo «animal raro».

PINTURA DEVOTA

(DEVOCIÓN DEL ARTE MODERNO)

ROMA es la escuela de los pintores, pero no la que enseñó á hacer lo que en París se llama el *género*, que es lo que representa el arte moderno.

Los pintores aprenden en Roma á *pintar*, pero no á crear; sucede con la pintura como con la literatura. Se aprenden en los Institutos y en las Universidades *las reglas;* pero la novela, la comedia, el drama, el folletín del periódico que quedan en la memoria del lector, no se aprenden en ninguna parte y se adquieren en todas.

Por eso el genio puede ser incorrecto, y la crítica meticulosa y mezquina pone los puntos sobre las *íes* á tal escritor que nació con condiciones extraordinarias para hacerse admirar de sus contemporáneos, mientras que el crítico muere de medianía.

Llevad á vuestros hijos al colegio militar. Allí les enseñarán todo lo que se llama arte de guerra. En tiempo de paz, estudiando y dejando pasar el tiempo, llegarán tal vez á generales. Pero si no tienen el genio militar, á la primera ocasión que se les presente de dar una batalla la perderán, porque en todas las artes la inspiración es la que produce el éxito, no la erudición reglamentada.

Son grandes médicos aquéllos que han pasado su juventud en los hospitales; se hace orador el que habla en público todos los días. La música popular no la han compuesto los académicos; y no es poeta el que versifica bien, sino el que siente en grande y lo que siente lo versifica como puede.

Todos los años se da un premio en Roma al pintor más notables francés ó español. Si ese pintor se queda allí toda la vida, no adelantará gran cosa. Roma es la gran cátedra, la incomparable tribuna; pero París es el almacén de las ideas y de los puntos de vista, este París sin luz y sin cielo, risueño y sin la grandiosidad de la antigua capital del mundo.

Fortuny, Villegas, Pradilla, Madrazo, Rosales, Casanova, Jiménez Aranda, Zamacois, los Mélidas, Rico, Santa Cruz, Plasencia, Ribera, González, Miralles, Esquivel, Escosura, Sánchez Ramos y tantos otros, aprendieron en Roma á pintar, á *ver*, á adquirir la costumbre

de lo grande, de lo bello de lo ideal, dentro de la Naturaleza; pero todos vinieron aquí, y del mismo modo que el Dante transformó su poesía cambiando de lugar, y Cervantes varió su estilo en Italia, y Shakespeare fué más humano cuanto más rodó por el mundo, entraron en lo que se llama en *jerga* periodística *modernismo*, y pusieron su nombre á gran altura, al lado de artistas franceses que cifran en esa manera de hacer, su reputación indiscutible:

Meissonier, Bonnat, Cabanel, Henner, Bouguereau, Rousseau, Bretón, Ziem, Lefevre, Chaplin, Laurent, Guillaume, Benjamín Constant, Doré, Dumaresk, Nittis, Plassan, Sargent, todos son esencialmente modernos, todos rinden culto á su tiempo.

¿Qué quiere decir, ni qué prueba, ni qué gloria añadirá á tu nombre, amigo mío, un cuadro que represente, según me dices, á Santa Teresa de Jesús en éxtasis divino?

Me escribes que después de estar en Roma y de admirar el interior de San Pedro no se te ocurrió cosa mejor que un cuadro religioso.

Protesto con toda mi alma sin que esto sea presumir de ateo; pero la pintura religiosa no tiene ya razón de ser, tu arte es el más liberal de todos en la genuína acepción de las palabras, y pintar santos para traerlos á París, es lo mismo que criar toros para lidiarlos en una sacristía.

No, gran pintor de mi alma, no tienes derecho

á ser devoto si pretendes dar á la posteridad obras que queden.

Los tiempos son de desenfado y de fantasía. Brilló Fortuny porque era, además de colorista sin rival, hombre de imaginación extraordinaria. Román Ribera sube como la espuma, porque hace, como muy pocos, esas parisienses que *hablan,* que atraen, que interesan; la salida de la cena, el café cantante, la modista con su paquetito en la mano, el *hoy,* en fin, la vida que vivimos todos.

Observa el éxito que obtienen los cuadros militares de Meissonier, el regimiento que pasa, la avanzada sobre la nieve, todas las escenas del campamento.....

Nota con qué gracia copia Jiménez Aranda aquellas saladísimas andaluzas en *éxtasis humano,* y no como la santa tuya, que sabe Dios cómo se extasiaría, porque yo, por más que leo sus obras, no lo entiendo.

Contempla despacio los cuadros de Palmaroli reflejando la vida de los bastidores, la exuberancia de formas de la bailarina, los cuadros de costumbres que el público se agolpa á ver en los escaparates de Goupil.....

Ya que vuelves los ojos á lo pasado y vienes de Roma, ¿por qué no has de pensar en Rosales y en Villegas, y en Pradilla y en tantos otros, que han adivinado allí con el modelo de hoy las exuberantes formas de la mujer de ayer y la

vida sensual y fastuosa de la Roma antigua?

Pero..... ¡Santa Teresa!

Me la figuro con las manos cruzadas, mirando al cielo, y ensimismada devotamente en su aureola blanca al rededor de la cabeza (que no debe olvidársete) y aquellas faldas negras y tocas blancas tan anti-artísticas y vulgares.....

No, querido amigo, no; me opongo y te suplico que le borres las tocas, y le pongas un sombrero Directorio, y un vestido con los hombros altos, y unos pies bien calzados... y déjate de santas en una época en que no las hay, y de devociones que pretenderás venderlas en este pueblo que no las tiene.

No está muy lejana la época en que Vera y Mercadé exponían cuadros de santos. Ya ves en ocho ó nueve años la vuelta que ha dado el mundo artístico. Desde que Villegas pintó el bautizo y Fortuny el árabe leproso, el realismo se ha apoderado de la pintura, y la pintura ha hecho muy bien en dejarse convencer, porque pintar hoy día de la fecha santas Teresa y niños Jesús, es como decir que has confesado y comulgado antes de empezar á pintar, para que la divina Providencia te preste la inspiración que tú no tienes.

TRÁGICO FIN DE UNA HERMOSURA

(DEVOCIÓN DE LO BELLO)

Oh, que triste impresión produjo en muchos corazones la noticia publicada ayer por la prensa de la muerte de esta hermosura!

A nadie mejor que á la Duquesa de Chaulnes pudo aplicarse el endecasílabo famoso.

Infeliz fué por nacer hermosa. Todo la sonreía. El gran mundo, con todos sus grandes atractivos y todas sus grandes miserias, la ha hecho víctima de su implacable saña. No se puede ser interesante en París, que lo devora todo. Julia Feyghine se mató. Sofía Galitzin se ha dejado morir. En el espacio de dos meses han desaparecido estas dos bellezas, dignas ambas de mejor suerte.

Es preciso haber visto á la Duquesa de Chaulnes para saber hasta dónde llega la belleza humana.

La Duquesa de Chevreuse, su odiosa suegra, dijo al hallarla por primera vez en el mundo:

—Esta mujer debe ser la esposa de mi hijo. Al hombre que lleva nombre tan alto corresponde hacer su mitad de la mujer más bella de su tiempo.

Y lo era, en efecto. Y no solamente hermosa, sino de una distinción tal, que dejaba en la memoria impresión imperecedera.

Una sola vez la ví en Biarritz hace tres años. Estuvo allí unos días nada más. El Príncipe Wolkouski, rector de la Academia imperial de San Petersburgo, y asíduo concurrente á la playa de Biarritz, me había pedido una biografía de Castelar. A falta de otra más completa le ofrecí la que figura en un libro mío que acababa de publicar el editor de Carlos. Estábamos sentados en la *terrase* del casino, cortando las hojas del libro y hablando del gran orador, por el cual el Príncipe sentía gran admiración; por delante de nosotros paseaban las señoras que van á oir el concierto todas las tardes.

Pasó una á quien el Príncipe se apresuró á saludar dejando interrumpida la conversación. Levanté la vista y hallé tan extraordinaria aquella figura, que me faltaba el tiempo para preguntar su nombre.

—Es la Princesa Galitzin, compatriota mía—dijo el ruso;—una celebridad como belleza.

—Bien se ve.

—Se ha casado con el Duque de Chaulnes, de una gran familia francesa.

Cuando el año pasado empezó la prensa parisiense á ocuparse de las dos Duquesas sin saber por qué, yo consideraba á la bellísima rusa como á una amiga. A fuerza de recordar aquella fisonomía, aquellos cabellos de un rubio especialísimo, aquella distinción sin igual, se me figuraba que la conocia y leía el proceso con impaciencia. El artículo de Augusto Vacquerie defendiéndola en el *Rappel* sin conocerla y poniéndose él, austero republicano, de parte de la interesante aristócrata, me produjo un efecto gratísimo. Una mañana que fuí invitado á almorzar por un amigo mejicano, hallé sobre un piano la fotografía de la Duquesa. El retrato se vendía, según supe minutos después. Acabado el almuerzo fuí á comprar uno, pero en la única tienda donde había sido expuesto no quedaban ya ejemplares.

La Duquesa tenía un público suyo, un público de admiradores ciegos, que si hubieran compuesto el jurado la habrían perdonado, aun en el caso de que hubiera sido incendiaria, parricida ó cosa por el estilo. ¡Cómo no, si era tan hermosa, y sobre todo tan interesante!

¡Y esta mujer que durante pocos años ha sido la admiración del mundo de aristócratas y de millonarios en que reinaba, ha muerto ayer en el barrio de la Villette, en un cuarto segundo

de una calle apartada, en un dormitorio de familia, en una cama de hierro, sola, olvidada, después de vivir seis meses de limosna!

La Villette es en París una población de obreros y de comercio ordinario. Carniceros, fundidores, drogueros, fabricantes de primera necesidad, constituyen su parte rica. El resto lo componen casi todos los obreros de París. Allí abundan las *brasseries*, los billares de gente obrera, las casas de vecindad, los almacenes de comestibles, todo lo que hay de más opuesto, en fin, á la vida que la Duquesa de Chaulnes había hecho desde su infancia. Allí buscó refugio á la miseria en casa de unos amigos pobres.

—Si no me recogéis—les dijo—tendré que arrojarme al Sena.

Entró y no ha vuelto á salir. Julio Claretie, un gran pintor de las costumbres de París, decía en su *Crónica* de ayer jueves:

«Ha muerto allí la bella Duquesa cuya imperiosa y atractiva hermosura recordaba la de Sofía Croisette, tocaya suya, y de la cual se dice que tanmbién lleva sangre rusa en las venas. Y ha muerto sedienta de silencio, hambrienta de olvido; la belleza á quien los soldados veían hace poco salir del Palacio de Justicia, altiva en su luto, y á la cual sentían deseo de saludar con respeto.»

Ocho días há que su doctor, y á la vez su mejor amigo, le exigía cortarse sus abundantes ca-

bellos rubios. Cuentan que se sometió al sacrificio llorando silenciosa. ¡Era el último lujo que le quedaba! Su disposición testamentaria ha sido bien sencilla. Un vestido de raso blanco y su anillo nupcial en la mano derecha. ¡Es cuanto ha pedido para después de muerta!

Los periodistas que la visitaron ayer aseguran que la muerte ha respetado su deslumbradora belleza. ¡Qué diferencia entre su regio lecho ducal y la pobre cama prestada en que hoy está de cuerpo presente!

La Duquesa de Chevreuse fué avisada ayer de tan terrible nueva.

Implacable, como de costumbre, no ha enviado una palabra de consuelo. Los hijos arrebatados por ella y por la ley á la madre infeliz, no pueden venir á rezar delante de este cadáver, por quien llora toda alma piadosa, pensando en el desconsolado fin de esta pobre mujer

Che un di fu bionda, e giovinnetta e bella

como dijo el poeta.

Ha muerto á los veinticinco años, en la soledad y en el abandono. Sin los honrados y caritativos amigos que le abrieron las puertas de su pobre casa, tal vez su tumba hubiera sido el río, que tantos dramas desenlaza en este inmenso teatro de París y de su vida vertiginosa.

«¡Hay dos muertes, hay dos muertes!—decía

nuestro amigo Santos Alvarez,—la muerte blanca y la muerte negra!»

Esta es muerte blanca, y en torno del fementido lecho en que yace la infeliz hermosura se agruparán esta noche los invisibles ángeles que velan el sueño de los que aman. No sé si Sofía Gatlizin pecó, pero en estas ocasiones vienen bien las citas santas, y el Cristo lo dijo, refiriéndose á pecadora más grande que la que hoy lloramos: *Se le perdonan sus pecados, porque amó mucho.*

LA MODELO

Entre nosotros no hay modelos. (Modelos de pintor quiero decir).

Apenas llegarán á una docena las muchachas bonitas que en Madrid se dedican á *poser*, como dicen en este lado del Pirineo.

En cuanto al modelo del género masculino, tampoco abunda mucho.

Pero en París los modelos constituyen una clase social. Por centenares se cuentan las hermosas criaturas que aun le causan á uno cierto efecto al visitar los talleres de los pintores. Modelos hombres los hay, como dice un dibujante amigo mío, *á patadas*.

Algunas tardes, después del rudo trabajo del día, hemos ído Luque y yo á los altos de la rue Pigalle, á comer al *Rat-mort*..... Allí hay siempre modelos hembras, gente alegre, con la cual se intima antes de que se acabe la comida..... ¡Qué curioso estudio para un escritor de costumbres!

¡Qué lástima de belleza dedicada á ganar quince francos por día. Cualquier español sacado de su pueblo y traído aquí, sin la menor idea de esta manera de vivir, sentiría pasiones volcánicas por estas encantadoras criaturas que para nosotros no valen nada. Algunas de ellas son verdaderos monstruos de inmoralidad, pero

Il n'y a pas de serpent ni de monstre hideux
Qui par l' art embelli ne puisse *plaire aux yeux.*

como dijo el poeta; y para juzgar á estas lindas muchachas hay que ir al taller de Edelfeld, de Madrazo, de Ribera, y admirarlas desnudas.....

Pero temo que mi devoto público de Madrid se escandalice al leer estas cosas: que realmente en una nación que pretende de civilizada, donde no se puede nombrar á Santa Teresa (histérica á mi juicio) sin que periódicos religiosos que tiran veinte mil ejemplares le insulten á uno; en una capital donde gobiernos democráticos condenan á Sellés á la cárcel por *opinar* sobre materias de religión; ahí donde hacen ustedes periódicos que vienen llenos de anuncios, de novelas, de sermones y de indulgencias..... ¡Oh! decir que la belleza se desnuda para que los pintores hagan obras inmortales debe ser pecado mortal, y yo no quiero ir al infierno, por más que los inviernos en París me dan una idea un sí es no es confortable de ese lugar en el

centro de la tierra, como dice el catecismo, donde hay calderas de fuego *de balde*.

¡Aquí nos cuestra el cok tres francos los cien kilos!

Pues digo que los modelos darían asunto á un estudio curioso.

Desde luego entre los modelos mujeres dominan las judías, lo cual prueba que las judías son, ó más hermosas ó menos aprensivas que las demás mujeres para esto de alquilar brazos, piernas y formas bonitas. En casi todos los cuadros de Ingres, de Delacroix, ó de Horace Vernet se adivina que la modelo era israelita. Un pintor viejo me ha asegurado que en 1830 hubo en los *ateliers* de París una verdadera invasión de judías bellísimas. No hay que olvidar que entonces fué la conquista de Argel.

Para nadie es un secreto que la mayoría de los pintores han tenido sus épocas de pasión por sus modelos. Muchas se han casado con ellos.

De otro género de relaciones con el pintor no hablemos, porque son casi inevitables.

¡Oh! y las hay que son vanidosas hasta la exageración.

—Sin mí no hubieras tenido el premio en Roma—decía una de ellas á cierto laureado del año anterior.

—Tú no has sentido la forma hasta que yo fuí al estudio.

Y tenía razón.

Las hay cultas é incultas. Entre las primeras coloco á las que desde su infancia se dedican á este *oficio*.

Las *chocharas* italianas, por ejemplo, que á cada paso se ven por las calles de París con su traje local, y que van llamando de puerta en puerta por los *ateliers* de la Avenida de Villiers ofreciendo modelo como pudieran ofrecer patatas.

Entres las segundas pongo á las que son:

Ó señoritas venidas á menos.

Ó muchachas que han recibido buena educación, y al considerarse *bien hechas* prefieren el taller de un pintor á un taller de costura.

Las ya veteranas en la carrera, que propio ó ajeno tienen un estilo alegre, hacen *esprit* mientras las copian, y entretienen á los amigos.

Una de ellas, que había sido modelo de Sarget, decía el año último en el café de la *Nouvelle Athènes:*

—¡Hemos ganado un primer premio!

¿No es ésto, en el fondo, la conciencia del *natural?*

En el último *salón* disputaron dos de estas graciosas muchachas delante de todo el público.

Ambas pretendían ser la figura representada por el artista en un cuadro mitológico.

—Soy yo,—decía una.

—Perdone usted, soy yo.

—Yo he dado seis sesiones al pintor.

—Yo he dado ocho.

No sabiendo cómo convencer á la rival, la más nerviosa exclama:

—¿Conoceré yo mis caderas?

María, la hermosa María, que ha dejado cierta celebridad antes de retirarse á la vida *privada*, y que dió á Henner ocasión de hacer magníficas cabezas de mujer, fué una modelo por inspiración, como ella aseguraba.

Era hija de un tabernero, allá en Bretaña, en un pueblo insignificante. Un día se escapó de casa de sus padres, ávida de *ver París*. Llegó á la gran capital sin nada, fué á parar á un hotel pobrísimo del Boulevard exterior, y mientras almorzaba oyó hablar de modelos y de precios á dos ó tres muchachas que estaban frente á ella en la mesa.

María no necesitó mirarse al espejo para hacerse esta reflexión:

—Más hermosa que yo no habrá ninguna.

Y en efecto, era la belleza en todo el esplendor de la juventud.

Demasiado hermosa, porque á la vez que todos los pintores de su tiempo la pretendían para *poser*, pretendíanla también para algo más grave.

Claretie ha hecho de ella una semblanza muy notable.

«Era—dice—alta, grande, fresca, una especie de Velleda vestida á la bretona...» Henner fué el primero que descubrió todos sus encan-

tos; en su estudio apareció como la diosa en el poema de Virgilio...

A los seis meses de éxito constante, María estaba pálida, había adelgazado hasta la exageración, tosía, comenzaba á escupir sangre...

¡Los pícaros pintores! Ribera dice que son como los médicos; lo niego.

Henner no volvió á ver á su modelo sin igual. Dos años después llamaron á la puerta del estudio. Henner abrió y se encontró con una señora de deslumbradora hermosura, realzada por un lujo digno de una princesa.

—¡María!

—Yo, *maestro*. Vengo á que me haga usted mi retrato.

—¿Cómo?

—Harto he trabajado yo para usted. Ahora va usted á trabajar para mí, cueste lo que cueste.

La modelo se había casado con un senador italiano, que ciego de pasión la tomó... como se la dieron los artistas parisienses. Repuesta, rica y adorada de su marido, se fué á Italia y allí está todavía.

Hay modelos *gratis*, es decir, mujeres que tienen lindas manos, por ejemplo, y son amigas particulares del artista. Éstos miran generalmente á la modelo de profesión con desprecio, como las grandes señoras.

Los modelos, en cambio, detestan á las aristócratas que van á visitar los talleres. Así que

se van las imitan, inventan defectos que las obras no tienen... La humanidad es la misma en todas las clases sociales.

Lo difícil para un pintor es hallar una modelo distinguida. La hermosura y la distinción son cosas muy diferentes, y como estas muchachas son de origen obscuro, no tienen *maneras;* así es que en un cuadro de género el maniquí las supera, y no se aprovecha de ellas más que la cabeza. El día que las señoras pobres se dediquen á *poser* vestidas de baile, los pintores habrán dado un gran paso.

Las alumnas del Conservatorio, en los días en que no hay clase, suelen hacer de modelos para ir cubriendo sus gastos menudos. Mademoiselle Meyer, una actriz de segundo orden, pero hermosísima, ha pasado muchas horas en los talleres para que más de un pintor hiciera una aristócrata, porque la bella actriz tiene aire de Duquesa.

Es cosa averiguada que, como los valientes y el buen vino en España, la modelo verdaderamente bella dura en París muy poco. Los pintores evitan la presencia de sus amigos y conocidos en el estudio cuando tienen modelo, y les sobra razón para ello, pues es casi seguro que los amigos son los que se enamoran de ellas y se las llevan.

Las que se defienden y son modelos durante toda la época que les dura la belleza, podrían

escribir un libro muy curioso cuando llegan á viejas.

Sin embargo, el libro no sería muy largo, que en este París que lo devora y lo gasta todo, llamamos una *vieja* á la mujer que ha cumplido treinta años.

La barrendera de la plaza de la Europa, bien conocida en su *quartier*, ha sido una de las mujeres más hermosas de su tiempo. Pintores célebres han copiado muchas veces lo que hoy es asquerosa cara, medio cubierta por el mugriento *bonnet*. Un día que sin querer le dió con la escoba á un transeunte, éste le dijo con marcado acento extranjero:

—¡Tenga usted más cuidado, sabandija!

—¡Esta sabandija ha servido de modelo á Delacroix!—exclamó la barrendera con iracundo acento.

El transeunte se detuvo, la contempló asombrado, y dijo:

—Perdone usted, señora. No hay nada más respetable para mi que la belleza envejecida en la miseria. ¡Aquí está mi mano!

Y le dió con ella veinte francos.

El transeunte era el Duque de Osuna.

¡NIHIL SUB SOLE NOVUM!

(DEVOCIÓN DE LA FRANQUEZA.)

APARECIÓ el folleto —¿qué digo folleto?—el libro de 190 páginas, de Sardou, titulado:

¡Mis plagios!
Réplica á Mario Uchard.

y lo he leído con verdadero placer, como quien habla con alguien que le da razón en todo.

Cinco días antes de que se diera al público este libro, decía yo en *La Época:*

«Del mismo modo se puede, dominando la escena, coger una idea de aquí, un hecho real de allá, un pensamiento de este capítulo de Balzac, un suceso cómico del periódico de ayer noche, y dar al teatro comedias notabilísimas como éstas, cuya paternidad se le disputa siempre al autor de *Fedora.*»

En la página 99 de su defensa dice Sardou:

«Es un *derecho* concedido al autor dramático el de encontrar los elementos de una obra en una leyenda, en una relación, en una crónica de periódico, en un suelto...»

¡Naturalmente!

Y en todo su libro el autor de *Odette* prueba hasta la evidencia que apurando, como se hace con él, el origen de cada comedia, resultará que ninguna de las más celebradas en el mundo es del autor, pero que es suya en el momente que ha tratado el asunto mejor que quién lo trató primero.

Rebosa todo este trabajo de *esprit*, y de verdad sobre todo.

«No había aún más que dos autores trágicos en el mundo, dice Sardou, que era Eschilo y Sophocles, y ya el segundo tenía fama de haber robado al primero. Llega Eurípides, y le acusan de haber robado á los otros dos. Nace la comedia, aparece Menandro... y Latino hace un libro voluminoso con todos los plagios de Menandro.»

¡Ese *Juan factotum*—decía Roberto Green hablando de Shakespeare — me coge todas mis comedias!

Pero, añado yo, Roberto Green no ha quedado como figura eminentísima en la humanidad, y Shakespeare sí.

Arreglador de piezas llamaron todos sus contemporáneos á Molière, como llama Uchard á

Sardou. A Emilio Augier, cuenta el folletista que le salió un boticario reclamando la paternidad de *Gabriela*.

Lilí es ni más ni menos que *Matías el inválido*.

Una perla, que obtuvo tal éxito el año pasado, el *Divorçons* con otra factura.

Serge Panine es el *Mariage de Olimpia, La Madre política* y otra porción de obras.....

¡Oh! Sardou se ha visto precisado á escandalizar, y todo el mundo anda rodando por tierra en su folleto.

Pero ha dado en el verdadero punto de la dificultad.

«No solamente, dice, no hay pieza nueva que deje de parecerse á alguna antigua, sino que no hay una que no deba algo á las que le han precedido.»

«No se escribe nada sino con el recuerdo de algo que se ha visto ó leído.»

Ignoro de quién es ésta afirmación; pero es exacta.

Al teatro, sobre todo, llevan los autores dramáticos lo que ven; por eso las obras tienen más sello propio y más *originalidad* en su estilo cuanto el autor es más subjetivo.

A este propósito cuenta Sardou algo que en diferentes condiciones nos ha sucedido á todos.

Un día, dice, hace más de veinte años, entré en un estanco para encender un cigarro. Todavía no existían esos tubos de goma que hay

ahora con gas para que los fumadores tengan siempre donde encender. Entonces había tiras de papel doblado, que se quemaban en una bujía (lo que llamamos en España *alegradores*).

El cestillo que solía contenerlas estaba vacío, y cogí del suelo un papel retorcido y medio quemado.

Lo enciendo, y á la vez que aspiro el primer humo de mi cigarro, veo con el rabillo del ojo que aquel papel es una carta.

Lo apago, lo abro y veo la firma de María Laurent.

Era una carta de María Laurent á sus hijos, celegiales en el Liceo, y llena de buenos consejos y de ternura...

Ahí tiene usted ya á mi imaginación echándose á volar. ¿Si esta carta fuera, no de una madre á sus hijos, sino de una mujer culpable á su cómplice? Cargos, amenazas, una cita... la carta perdida por el amante, recogida por un curioso y yendo á parar á los manos del marido...

De aquí nació mi comedia *Les pattes de mouche*.

Pues bien; al representarse esta comedia, se acusó á Sardou de plagiario.

Se pretendía que era la carta robada de Edgardo Poe, y Sardou confiesa que de la *carta robada* no tomó sino el incidente de ocultar la carta en el sitio más aparente.

De modo que la comedia podemos decir que

se hizo entre María Laurent, Eduardo Poe y Victoriano Sardou..... Pero no, la comedia es de éste, y como suya quedará mientras haya amantes del teatro.

Una conversación que Adelardo Ayala tuvo, yendo desde Madrid á Castro-Urdiales con un viajero que le refirió algo muy triste acabado de suceder en Zamora, produjo el *Tanto por ciento*. Con la impresión del suceso real hizo Ayala el plan de su obra.

¡Si el viajero llega á llamarse Uchard, pleito tenemos, diría Sardou al leer esto!

¡Quién sabe dónde están las comedias! Están en todas partes, como están todas las óperas dentro de un piano.

La gran cuestión consiste en hacerlas brotar, ó en ver comedia en lo que otros no han visto más que novela ó artículo de periódico, ó un puñado de versos.

Velando á una mujer amiga mía, que estaba con fiebre muy alta, la oí pronunciar en el delirio de la calentura un nombre propio dos ó tres veces durante una hora.

Si esta mujer fuese casada y el nombre que pronuncia fuese el de un amante..... y el marido lo oyese.....

Cogí un cuaderno de papel de cartas, de tamaño muy chico, timbrado con una N, y desde las once y media de la noche hasta las siete de la mañana hice todo el primer acto de *No la hagas*

y no la temas, que leí á la tarde á Manuel Catalina.

Modificada luego mi primera idea, la completé en el segundo acto. La comedia, pues, me la dió casi hecha la hermosa enferma, sin saber lo que dijo.

No hay más plagio que el que consiste en coger á un autor una escena por escena y darla por suya variando el lugar de la acción y los nombres de las personas.

El plagio de las *situaciones* no puede admitirse mientras la humanidad no se encargue de sentir al revés ó de ponerse en situaciones tales que aun copiadas exactamente no se crean.

Lo que es humano tiene poca variedad. Con coturno ó con botas de montar, el hombre es celoso, ambicioso, envidioso, avaro, hipócrita, valiente ó cobarde.

El autor que crea haber dado novedad á la manera de poner en lucha estas pasiones, será original; pero así y todo, si se pone á rebuscar y á leer á sus antecesores, se asombrará de ver cuántos pensaron antes que él las mismas cosas.

«¡Cómo! — exclama Sardou en un arranque de justa indignación al ver cual se le trata generalmente—mis colegas pueden poner en escena *Robinson Crusoé, Pablo y Virginia, Tom Jones. Gil Blas, Clarisa Harlowe, Withem Meister, Gulliver* y *Manon Lescaut*, ¿y yo no puedo tomar

de Diderot una idea de su *Serafina* para hacer mi *Fernanda?*»

A nadie se le ha ocurrido llamar plagiario ni cosa peor á Alarcón, que de una canción antigua mal versificada ha hecho un libro tan bello como el *Sombrero de tres picos*.....

«Generalmente el que reclama (dice con gran sentido práctico el autor de *Fedora*) es uno de esos vanidosos persuadidos de que nadie piensa nada que ellos no hayan pensado antes.»

¡Oh! ¡Cuán cierta es esta observación, y cómo puede verificarla cualquiera que frecuente los saloncillos de nuestros teatros de España!

Siempre hay en ellos el autor que echa cinco ó seis años en escribir una comedia mala, y que al oir el plan de las que está escribiendo otro, dice:

—¡Hombre! ¡Me choca mucho, porque esa idea es la de la obra que estoy haciendo yo!

Pero seamos justos con nuestros públicos respectivos, y en esto Sardou no me negará la razón. Todos estos chismes literarios, estas acusaciones de plagios, estas *delaciones* (porque son delaciones, ni más ni menos), vienen siempre de tal ó cual colega, de éste ó el otro folletinista, nunca del público, que sólo nos pide que le demos obras que le conmuevan ó le diviertan, según el género de cada cual.

Sucede con esto lo que con las mujeres hermosas en las playas de moda. A mí me ha ocurrido más de una vez.

Llega al puerto en boga una extranjera que llama la atención de todos los bañistas. Es hermosa, elegante, coqueta, atrae á los hombres por su *esprit*. Ó es princesa rusa, ó actriz parisiense, ó artista alemana, ó dama florentina, ó americana millonaria, ó cantante polaca.....

Póngase usted á hacerle la corte. En seguida vienen dos ó tres hombres y cinco ó seis mujeres que pretenden ser compatriotas suyas.

—Pero hombre, ¿sabe usted con quién habla?

—¡No hay tal princesa!

—¡Es una aventurera!

—A esa la he conocido yo probando guantes.

—Es hija de un zapatero de Berlín.

—¡Si es la famosa *Tal!*

A lo cual respondo yo ó respondería en tal caso:

—¡Pero, señor, si yo no busco el origen, sino otra cosa!

Así es el público. Comedias de Sardou, de Dumas, de Ferrari, de Tamayo, de todos los autores célebres de Europa..... ¿son hermosas? ¿El público las admira, las ama, las pasea en triunfo? Pues dejadlas que vengan de donde quieran, y dejad ¡oh roedores literarios! que el público goce con ellas.

LAS GRANDES FRASES

Se ha publicado en París un libro curiosísimo, cuya lectura no deja de ser desconsoladora, á la vez que instructiva.

Este libro se titula *L'esprit dans l'histoire*, y el trabajo debido á la pluma de Luis Fournier, bien conocido en el mundo de las letras.

No es un trabajo vulgar, ni mucho menos. Revela una erudición extraordinaria y un estudio constante.

Ni podía ser otra cosa. El autor demuestra con la obra que la mayor parte de las frases célebres son puras invenciones, y que muchas leyendas, tradiciones, hechos famosos, que sustituyen la parte anecdótica de las historias todas, no han existido sino en la imaginación de los historiadores.

Así, por ejemplo, y según Fournier, las cartas de Abelardo á Heloisa no son auténticas. El discurso de Agnés Sorel á Carlos VII, no fué pro-

nunciado. Las frases que han quedado de Ana de Austria son todas de Mazarino. La mayor parte de las anécdotas de la vida de Anibal son falsas. Falso, de toda falsedad, que Francisco I escribiera aquellos dos popularísimos versos en el cristal de una venta, ni que fueran suyos. Error general que Milton, ciego, dictara sus libros á sus hijas...; en una palabra, el libro está hecho para demostrar que la posteridad atribuye á los grandes hombres un sin fin de cosas que ni han hecho ni dicho, y la abundancia de cifras, referencias y documentos justificativos es tal, que no deja lugar á muchas dudas.

Hay, en efecto, mucho de novela en lo que hemos aplaudido en cátedras y libros sobre ciertos y determinados hechos y personas.

Ya nuestro D. Modesto Lafuente había probado en su *Historia de España* que la célebre frase del Rey prisionero, *todo se ha perdido menos el honor*, debía ser conocida tal cual es, y por consiguiente perder el valor y grandeza que la posteridad le ha dado.

Está demostrado que Francisco I escribió: *Todo se ha perdido menos el honor y la vida que está en salvo.*

Fournier lo hace constar también en este su interesantísimo trabajo.

La palabra célebre de Cambronne, de la que Victor Hugo ha hecho un capítulo en su libro de *Los Miserables*, no fué dicha ni mucho menos.

Á este propósito Fournier cita textos curiosos:

«Cambronne, decía el general Álava, presente á su derrota, no abrió la boca sino para pedir que viniese un cirujano que le curase sus heridas. Se había rendido sin protestar.»

El coronel Halkett, que fué quien se dirigió á él con el sable levantado, intimándole la rendición, no oyó semejante palabra. Cambronne le tendió la mano y se rindió. El mismo Cambronne, en un banquete patriótico que presidió en Nantes en 1835, negó rotundamente haber dicho semejante palabra.

La frase popularísima en Francia, *cherchez la femme,* la han atribuído unos á Mr. de Sartines, otros creen que ha quedado del famoso Jakal de *Los Mohicanos de París*. Fournier dice la verdad; no es sino traducción de nuestra frase hecha: *¿Quién es ella?*

La frase atribuída á Luis XIV: *Ya no hay Pirineos*, no es suya, sino del Embajador español. Dangeau y madame de Genlis lo aseguran, el primero en su *Diario,* y la segunda en los fragmentos, que hizo conocer al público, de este *Diario* mismo. Después de referir que el Duque de Anjou permitió á sus cortesanos seguirle á España, Dangeau, que lo oía todo y no olvidaba nada (dice Fournier), añade: «El Embajador de España dijo entonces con mucha oportunidad que los Pirineos estaban desde entonces fundidos.»

Las historias griega y romana han sido la par-

te de donde han tomado la mayor parte de los historiadores las frases que luego nos han dado como originales de personajes modernos.

Fournier lo prueba con mil ejemplos, poniendo al lado de tal ó cual frase atribuída á este Rey ó á aquel conquistador las equivalentes en Plutarco, Tácito ó Tito Livio.

En cuanto á otras que han venido á ser proverbiales en la política ó en las artes, el autor de este libro no las da con su verdadera paternidad,

La frase *Nobleza obliga* es de Mr. de Levis; *El Rey reina y no gobierna*, es de Thiers; siendo periodista fué el que la dijo en el *National* del mes de Octubre de 1830; *Bailamos sobre un volcán*, es de Mr. de Salvandy, en una fiesta dada por el Duque de Orleans; *El principio del fin*, tan usado en el periodismo, es de Tayllerand; *Laisser faire. laisser passer* es de Quesnay. Así mismo cita Fournier una porción de aserciones ó sentencias populares que hasta hoy hemos creído del pueblo, sin serlo, ó que atribuímos á tal ó cual autor y no son de nadie.

Es, en resumen, este libro de que hoy me ocupo, utilísimo y de muy sabrosa lectura, y á falta de asunto de más urgente utilidad, lo recomiendo á los eruditos españoles.

LA LUCHA SORDA

HACE dos años, cuando Luque y yo vivíamos en el hotel de Holanda (que recomiendo á todo el que esté mal con su dinero), solíamos encontrar en la escalera ó en el patio á un hombre tan astroso y cariacontecido, que acabó por interesarnos.

Era un sujeto alto, delgado, pálido, con la barba de tres semanas, la camisa hebdomadaria, la corbata deshilachada, un gabán de verano en pleno invierno, el pantalón con franjas naturales hechas por el tiempo y el uso, las botas jovialísimas, y los calcetines asomados á la ventana. Cubría esta figura desdichada un sombrero *claque*... azul.

Restos de tiempo mejor, sin duda.

¿Cómo estaba aquel hombre en un hotel donde la respiración costaba á peseta la hora, y en donde una vez que Luque estornudó se lo pusieron en la cuenta?

Nunca he sido curioso; detesto la chismografía, pero un día me atreví á preguntarle á la portera quién era aquel espectro.

Pues... ¡era una notabilidad!

Músico célebre en Viena, como lo son en nuestra patria Arrieta ó Barbieri, había venido á París con la pretensión de que le hicieran una ópera.

Aquel hombre ignoraba, sin duda, cómo es París.

Tal andaba él.

¡Venir del extranjero con un nombre hecho y una reputación legítimamente ganada! Peor que peor. El francés detesta todo lo que no es francés. Es más, lo niega. Y aquí donde el literato ó el autor dramático más joven (de los que están, como si dijéramos, *admitidos*) tiene cincuenta años; en París, donde la primera comedia de Erman Chatrián ha estado *catorce años* esperando su turno en el teatro Francés; en este almacén del mundo, donde la Théo es una *estrella*, y Fortuny, según Alberto Wolf, es un pintorcillo de poco más ó menos, las ilusiones de nuestro vecino del hotel tenía que venir á parar en sombrero azul y botas.

Parece ser que al principio habitaba en el segundo piso del hotel; que así que se le fué acabando el dinero, fué ascendiendo más de prisa que en globo, y que, por último, fué á dar con su cuerpo en la bohardilla, donde por muy

poco dinero (caso que en los anales del holel está escrito en letras de oro), le tenían como pudieran tener una maleta.

¡Pobre hombre! ¿De qué vivía?

De sus numerosas relaciones en la colonia austriaca. Todo Viena le conoce y le quiere, y no llegaba á París un compatriota rico que no le obsequiase y le ayudase con la mejor voluntad del mundo.

Así es que una vez me lo encontré comiendo en el café de París, entre cuatro ó cinco extranjeros vestidos de frac y corbata blanca: otro día le hallé en un teatro, en una *baignoire*, donde había señoras elegantísimas; en las carreras de Longchamps iba en un *mail-coach* con veinte ó treinta austriacos distinguidos. Pero siempre hecho una lástima el pobre.

Me figuro lo de cartas, recomendaciones y visitas que este hombre habrá pedido, entregado, buscado y hecho en estos dos años. Los inviernos, sobre todo, han debido ser crueles, porque como la fuerza de los extranjeros vienen en primavera, por ser ésta la temporada de las diversiones y del buen tiempo, mientras no había en el Grand Hotel ó en el Continental austriacos, el músico debía pasar, como dicen en Sevilla, las *moráas* y *partías*, ó lo que es lo mismo, las amarguras en la soledad, que son las peores de todas.

¡Colocar una ópera en París!

—¡Pues ahí es nada la pretensión!—exclamaba un músico parisién, á quien yo le hablaba de mi vecino—¿Usted sabe que para colocar una *opereta* se necesitan años?

Y sin embargo, un hombre de talento, como éste y como tantos otros, que ven entronizada en París la literatura frívola ó deversada, la música callejera ó la pintura de relumbrón, debe decirse allá en el fondo de su cuchitril, después de un día de infructuosas visitas:

—¡Ah, franceses, si no estuviérais admirablemente colocados en el centro de Europa y no tuviéreis la riqueza, que lo embellece todo!....

Algunas veces me daban intenciones de detener al músico en el hotel y decirle:

—Amigo mío, usted necesita ropa. Con este sombrero azul no se colocan óperas. Venga usted á casa de mi sastre.....

Pero los informes que yo tomaba á cada momento sobre la vida de mi vecino acusaban un carácter altivo é independiente. Se hubiera ofendido.

Pero yo le quería en silencio; sentía por él una simpatía grande..... Me hubiera complacido en hablar con él de su situación, de las dificultades de la vida artística. Le hubiera desanimado, eso sí, porque, aunque él ya lo sabría, le hubiera recordado la frase de Wagner: «La gran ciudad de París, la más anti-musical del mundo, no comprende más que el vaudeville.»

Aquí donde el Tannhauser fracasó, y donde los compositores más notables se van á estrenar sus obras á Bruselas, mientras la Grande Ópera gasta cien mil francos en montar un baile, mi vecino del hotel no debiera haber venido. Su porvenir me aterraba.—¿Qué va á ser de este hombre?—le decía yo á mi compañero.—Pero á nosotros ¿qué nos importa?—exclamaba él.

Un día dejamos de verle.—Se habrá vuelto á su tierra—pensé—y habrá hecho muy bien. No vale la gloria, hembra al fin, las desazones que el hombre se toma por ella.

Un día encontré en el Boulevard al conde Sembek, un austriaco amigo mío un *gomoso* de Viena.

—¿Conoce usted al músico***?—le pregunté.

—¡Ya lo creo! Como que es un genio. Aquí le he visto, empeñado en que le han de hacer su ópera, y muriéndose de hambre. Alguna vez le he dado.....

—No me lo cuente usted. No sea usted como el heredero actual de cierto título, que una vez le prestó á un compatriota dos luises, y se lo ha contado á todo el que habla español. No me diga usted si ha protegido al maestro vienés. Yo debo suponerlo, y nobleza obliga.

—Tiene usted razón; pero, en fin, hablamos de él como amigos íntimos, ¿no es eso?

—Yo no le conozco.

—¡Ah!

—No, señor; pero me intereso por él. Le he visto en el hotel de Holanda, donde juntamente nos despluman, y.....

—Pues yo le aseguro á usted que es una notabilidad, y que haría mejor en vivir en Viena de otro modo.....

Aquí comenzó el improvisado discurso que yo dirigí al Conde, y que, según él me aseguró después, había sido elocuentísimo.

Yo hablé sin pensar lo que decía y llevado del sentimiento.

—¿Qué quiere decir vivir *de otro modo?*—exclamé.—Es la segunda vez que oigo esta frase y la segunda vez que me levanta en vilo.

En cierta ocasión, yo que soy quien soy, sobre todo si me comparo con la gentuza rica, sin más méritos que su dinero, tuve un apuro de trescientos francos y se los pedí á una especie de banquero español residente en París, un tipo, en fin, á quien no le da en el mundo consideración sino su dinero. Acudí á él, como digo, para que me sacara de mi atolladero, y me contestó, como usted, que estaba convencido de que no debía prestarse dinero á nadie (miren que admirable experiencia, y que nueva), y que deploraba verme apurado en París cuando pudiera vivir en Madrid de otro modo.

¿Qué *otro modo* es éste que así evocan ustedes los ricos cuando un artista ó un hombre de letras les piden apoyo?

¿Acaso nuestro modo, el modo conque los que tenemos méritos propios pasamos nuestra luna de miel con la desgracia, es deshonroso ó perjudicial para nuestro buen nombre?

Hé aquí un artista eminente á quien sólo de vista conozco, que soñando glorias imperecederas en esta capital del mundo se muere de hambre, mientras los que venden papel ó dinero á gritos, en la Bolsa, como los verduleros venden patatas en la plazuela, pasan por caballeros, y usted, un aristócrata, á su compatriota le censura su miseria y le recrimina su noble ambición.

Declaro que al paso que el mundo va he de parar en demagogo, anarquista, incendiario, porque no hay quien me convenza de que mientras los Manzanedo, los Campo, los Rothschild ó los Camondo pueden apedrear con frutas á la multitud, se mueran de apetito prosaico los que dejan á las generaciones venideras recuerdo imperecedero de su nombre.

El Conde, que es un excelente muchacho, reía como un bendito oyendo estas cosas, y cogiéndome por el brazo, me llevó á su cuarto de *garçon*, donde hay millares de objetos de arte que prueban su buen gusto y su derecho de no ser incluído en el número de los ricos *pendards*, que diría Molière.

—Ahí tiene usted música de su amigo y el mío—dijo.

Y me enseñó una melodía para piano, que no hubiera podido apreciar sin la llegada de una actriz, de cuyo nombre no quiero recordarme.

A los primeros acordes comprendí que no era injustificada la fama de mi pobre vecino.

—Pues este hombre—le dije á la ejecutante,—no puede colocar una ópera en París...

La actriz se echó á reir, dejó de tocar y se sentó al amor del fuego.

—No ignoran ustedes-nos dijo-quien es Corot.

—¡Ya lo creo!

—Corot, el *gran Corot*, había hecho ya cuadros tan notables, que su reputación era europea. Tenía discípulos que luego han sido primeros premios en Roma. Un día entró en su *atelier* otro pintor moderno, reputadísimo, que pretendía rivalizar con él, y solía ir al estudio á darse aires de vencedor.

—¿Qué hay de nuevo, Corot?—dijo al entrar, y dejándose caer en una butaca.

—¡Hay algo extraordinario, inaudito, inconcebible!—exclamó Corot mirando fijamente á su amigo.

—¿Qué?

—¡Hay..,.. que he vendido un cuadro!

Y la actriz, siempre riendo, continuó.

—Cuéntenle ustedes la anécdota al músico de Viena.

No era posible contársela, porque ni yo le conocia, ni había vuelto á verle.

Y de esto hace un año. Pero tres días há, Luque vino á buscarme para que fuéramos á la *Rennaissance* á ver una opereta indecente, con una música anodina... *El Vértigo*, en fin.

Nos habían dado unos billetes de periódico, y los asientos estaban en la primera fila.

Lo primero que vimos al sentarnos fué á nuestro antiguo vecino del hotel... ¡tocando el violín en cuarto lugar!

Nos reconoció y evitó nuestra mirada. Nosotros hicimos lo mismo, pero pasamos la noche comentando esta durísima vida de París, donde un hombre eminente, para no morirse de hambre, se ha ajustado á tocar el violín por seis francos al día.

¡Qué efecto debe hacerle la aplaudidísima música que se ve forzado á tocar!

¡Cómo debe reirse, hacia dentro, viendo que allí en el teatro donde él acompaña, dirigido por un maestro vulgar, Hervé es una celebridad parisiense y él es un músico de orquesta!

¡Pobre hombre!

PICAZO

I

PICAZO es un modesto empleado en el Ministerio de tal, que, cada año, en lugar de ascender desciende, por culpa de su carácter, que yo me he complacido en estudiar para entretenimiento de lectores tristes.

Porque hombre como éste no le hay.

No podía llamarse de otro modo. Picazo es un español, que en su calidad de tal se pica por todo.

Una patrona que tuvo en la calle del Arenal le dijo un día:

—Don Manuel, este verano voy á colgarle á usted por las noches en el balcón para que no se pique.

Y la patrona tenía razón.

Picazo debe de estar á estas horas apolillado, como los expedientes de su despacho.

—Buenos días, Manuel—le dice un compañero de oficina.—¡Qué gordo estás!

—Ya sabes que yo no doy nunca bromas á nadie, y por consiguiente no me gusta que me las den.

—Señor D. Manuel—le dice el portero—el Jefe le llama.

Y Picazo:

—¡Parece que me lo dice usted de cierta manera!.....

II

Haré su historia, por más que su cronista debiera de ser un mosquito.

Cuentan que tardó en nacer y se resistió en salir al mundo, porque había notado que en la alcoba no estaba su abuela. «¡A estas cosas—dicen que pensaba—debe de asistir toda la familia.»

Su maestro le enseñó á leer con gran trabajo, porque así que se enteró de que no se pronunciaba la *H*, creyó que era por él.

—¡Cómo se entiende—decía;—negárseme á sonar!

Anduvo á bofetadas con toda la escuela, que la componían cien niños.

Él no quería aguantar ancas de nadie.

Si jugaban al toro, quería ser el toro por el gusto de defenderse, ¡porque á él no le ponía

nadie banderillas! Si se trataba de puestos en la clase, no admitía competencia alguna. Una vez, en castigo de su torpeza en el latín, le pusieron el último de todos. Lo sintió mucho; pero á los tres ó cuatro días otro alumno más torpe que él es enviado por el profesor al último lugar.

Picazo, muy alterado, le aparta y se pone delante, exclamando:

—No, señor. ¡El último soy yo!

III

Comenzó su carrera por el periodismo y recorrió todos los periódicos de Madrid.

Porque tardaron en pagarle un mes en el *Meteoro*, periódico republicano, se picó y se fué á escribir al *Bonete*, periódico carlista.

—¡Ellos se lo pierden?—decía.

Del *Bonete* pasó al *Momio*, periódico conservador. ¡Pero si era un hombre imposible! Escribía unos sueltos atroces á propósito de cualquier cosa.

Decía, por ejemplo, un periódico de ideas opuestas al suyo:

«Los hombres del 54 no han traído más que desdichas al país.»

Y como Picazo nació aquel año, cogía la pluma y decía:

«Sería de desear que nuestro insolente colega dijera *por quién* ha escrito eso.»

Picazo es el ahijado de la humanidad, porque ha tenido más padrinos que pelos en la cabeza.

Le envía dos padrinos á su sombra.

Va al teatro, observa que un espectador colocado junto á él le mira.

Esto le pone muy nervioso.

Por fin:

—¡Qué ocurre!—le grita.

Y á veces ha ido á dormir á la prevención por *picajoso*, que es un delito no comprendido todavía en el Código.

En cierta ocasión fué padrino de un sobrino suyo. (Bautizo.)

Al verificarse la ceremonia bautismal, el sacristán, que iba apuntándole lo que debía contestar al cura, le dice:

—¡Bolo!

¡Qué bofetada le dió!

Cuando va á una casa cualquiera y le preguntan *¿Quién?* por el ventanillo, se exaspera.

—¡Oiga usted!—exclama.—¿Tengo yo cara de ladrón?

Aun no hace un mes que al comprar cigarros, como la estanquera mirase detenidamente un duro que le dió para pagar, se cegó y le pegó tal bastonazo á un León XIII de yeso que había en el mostrador, que hubo que recogerlo con una cuchara.

IV

Sus instintos eran de hombre casado; pero no ha encontrado novia duradera.

Parece celoso y no lo es; lo cual le sucede á mucha gente, porque hay mucha gente que confunde el amor propio con los celos.

Así es que siempre cree que sus novias *le faltan*.

A una la plantó porque le escribía con lápiz.

A otra, porque no quiso entrar á tomar chocolate con él en casa de Doña Mariquita.

A otra, porque le recibió un día en la antesala.

A la última que tuvo (y le quería con toda su alma), le devolvió cartas y retratos porque le llamó *pichón* una noche.

—¡Pichón!—iba diciendo á voces por la calle. —¡Vaya una manera de llamar á un hombre que tiene Usía Ilustrísima!

V

Cuando mandaron los primeros *suyos* (pues ha tenido varios) le hicieron gobernador de provincia.

Llegó á la capital. Le esperaban en la estación el alcalde, el presidente de la Diputación y

otras varias personas *de suposición* en la provincia.

—¿Y el Obispo?—preguntó.

—El Obispo está enfermo—dijo tímidamente el alcalde.....

—A ver, inspector—gritó mi D. Manuel;—vaya usted á ver al Obispo, y tráigale usted *atado!*

Conflicto inmediato, que conjuraron las autoridades. Pero á la semana siguiente fué mi hombre á presidir la Diputación; el secretario era bizco. Picazo no lo creyó, y á la mitad de la sesión se volvió hacia él y le dijo:

¡Ó me mira usted á mí ó al vicepresidente!

La risa de la corporación le sacó de sus casillas. Se fué á su casa y envió la dimisión al Gobierno, y porque tardaron en admitírsela desafió por telégrafo al Ministro.

Cuando volvía á la corte le dijo en un vagón un viajero.

—¿Usted es el Sr. de Picazo?

A lo que contestó:

—Si, señor... ¡Y qué!

—¡Nada, hombre nada!

VI

¡Pobre hombre!

En realidad es muy desgraciado. Ha llegado á figurarse que todo lo que hacen y dicen los demás *es por él.* La misantropía le devora.

Padece del estómago. Su médico le anima.

—Eso no es nada—le dice.

Y Picazo:

—¿Se ha figurado usted que soy un cobarde? ¿Cree usted que no sabría resistir la noticia de una enfermedad sin remedio?

Por fin el médico, harto de él, exclama:

—Pues... sí, señor, la cosa es muy grave y no llega usted al invierno.

Picazo mirándole de arriba abajo:

—¡Hombre, parece mentira que sea usted tan poco delicado. ¡Desahuciar á un enfermo, que después de todo no tiene nada! ¿Por qué me dice usted eso? ¿Porque pago menos que el del principal? ¡Pues pida usted más, pero no sea usted grosero!

El médico al oir esto se puso el sombrero, y se marchó sin decir adiós.

Picazo al día siguiente le envió sus padrinos.

En un armario de caoba que hay en su cuarto tiene doscientas veintitrés actas de desafío.

Pero no se ha batido nunca.

En cuanto le dicen que el duelo será al amanecer, se resiente.

—¡Si se habrán creído que *uno* es algún barrendero! Su último disgusto ha sido por haberle tocado la lotería.

Subió á ver al Director general del ramo, y le dijo:

—Oiga usted... si han creído hacerme un fa-

vor premiando mi número, se equivocan de medio á medio. Mucha falta me hace el dinero, ¡pero no admito limosnas!

Sacó el décimo del bolsillo y se lo arrojó á la cara al estupefacto Director, que creía estar soñando despierto; pero una vez repuesto del asombro, ha entablado demanda de injuria y calumnia.

Picazo dice que *en saliendo* de eso hará dimisión de su empleo para que no le falte nadie.

Entretanto, y en vista de que llueve, se ha resentido del reuma.

LAS ALPARGATAS

(DEVOCIÓN DEL CAMPO)

Á FERNANFLOR

Biarritz 15 *de Septiembre de* 1880.

Ora que ya la veleidosa moda
De aquí á la alegre multitud aleja
Y el campo triste en que á la corte toda
Vimos lucir, la soledad refleja,
Tornemos á la calma
De mi envidiable y perezosa vida,
Buscando la feliz senda escondida
Que con astro más puro, en paz completa,
Cantó el fraile español tierno poeta.

—

¡Oh, tiernas, blandas alpargatas mías,
Donde mis pies navegan venturosos
Libres del escarpín que hace diez días
Completaba el vestido
Con que iba yo de cotidiana fiesta
Al són constante de la alegre orquesta!
¡Dejadme, oh, prendas caras,
Que os cante en metros que parezcan varas,
Y compare el delirio veraniego
Con este dulce sin igual sosiego
Del campo verde en el fragante otoño,
A la sombra del fresno y del madroño!

—

¿Qué insólita locura
Es la vida moderna
Que devorarnos sin piedad procura
De lujo vano en fiebre sempiterna?
¿Qué inconcebible saña
Tenemos contra el propio numerario
Que en constante dispendio extraordinario
La vanidad hispana
Con loco afán, que el enemigo explota,
En ambulante flota
Tiende en las playas del hambriento galo
Llamando al robo sin igual regalo?
Yo he visto—no hace un mes—las playas llenas
De loca multitud alborozada,
Ya en cueros inundando las arenas,
Ya en nocturno placer desatinada.

Del sol á los fulgores matinales
Las hembras madrileñas,
Aquellas hermosuras ideales
En los bailes de invierno tan risueñas,
Las he visto surgir de entre las peñas
En blanco peinador, que en sus costuras
Hace á las formas sin cesar traiciones,
Y más que celebradas hermosuras
Me parecieron sacos de melones.
Ellas, que en sus pasiones
Dan al viaducto pasto, asunto al drama
Y celos al amor que el pecho inflama;
Ellas, de cien poetas dulces musas,
Andaban por aquí, los ojos bajos,
Mezcladas con las francas y las rusas,
Que hacen exposición de sus zancajos.
¡Oh, sol, que con tu espléndido reflejo
Alumbras el bazar del Puerto Viejo!
¿Por qué tu luz, que abrasa,
No me cegó para que no supiera
Que dejé los encantos de mi casa
Por ver á la mujer de esta manera?

. . . . . .

Quiérase ó no se quiera,
La vida, *Fernanflor*, de estos lugares
Y el verano á la moda,
Antes es incumbencia que incomoda.

Cuando al fulgor de la menguante luna
La soledad del mar, sordo y bravío,
Es dulce y grata como no hay ninguna,
Con ciego afán la mundanal fortuna
En loco alarde de insultante lujo,
Desparramando su ideal tesoro,
Hacía de otro mar nuevo reflujo
La deslumbrante plëamar del oro.
La alegre, espiritual mujer francesa,
La severa y sin par belleza hispana,
La delicada inglesa
Y la ardiente criolla de la Habana,
Todo lo que la Europa tiene bello
Lo envía aquí, en alegre caravana,
Para que en pos de su sin par destello
Venga el hombre infeliz, que siempre sigue
A la mujer, que huyendo, le persigue.
Y en vez de disfrutar noche tras día
Del campo y de la mar y el aire sano
Que pide este reposo del verano,
Ibamos todos ¡ay, tarde me pesa!
Dentro del frac guardando aquel deseo,
A admirar á la rusa ó la francesa,
A dar por el salón breve paseo
Y á repetir, en las nocturnas giras,
Las de siempre usadísimas mentiras.
Movía el vals los pies que á la mañana
Parecieron pisones
Y hacen bellos más tarde los tacones,
Y el excitante raso

Que despierta un deseo en cada paso;
Y en tanto que el amor, la cortesía
Y la galante frase
Y la dulce palabra allí cambiada
Espiando el recelo una mirada
Hacían del salón con raro empeño
Nueva edición del mundo madrileño,
Allá adentro en caverna *confortable*
Y en atmósfera apenas respirable
Apiñados en filas apretadas
«Todos con las orejas coloradas»
Vieras á los incautos pasajeros
Que en busca de salud al mar llegaban
Entregada á los rígidos banqueros
Que el oro vil con ansia recaudaban.
¡Oh, qué hermoso verano!
¡Qué aire del mar tan puro!
¡Qué mes, qué mes tan sano,
Y qué descanso del invierno duro!
Aquí el convaleciente del catarro,
Que ha tomado su ducha en la mañana,
Aspira el humo al *caporal* cigarro
Y toma aire colado en la ventana.
Allí el que de los baños minerales
Vino á pasar tranquila cuarentena
Se ha jugado sus bienes gananciales,
Rentas, hijos, mujer, primos carnales,
Y cien acciones... y ninguna buena.
Éste, que con la mano temblorosa
Pide una carta en que le va la vida,

Se dejó en el *salón* la linda esposa
Con un traidor amigo entretenida,
Y entre dejar la carta ó la señora
Prefiere irse pudriendo hora tras hora.
Aquél nunca jugó; por vez primera
Le tentó este aliciente veraniego;
Ahorrando se pasó la vida entera
Para dejar en Francia honra y sosiego.
¡Miren aquél que nunca dió *sablazos*
Por el salón haciéndose pedazos
Pidiéndole á cualquiera
Lo que para comer no le pidiera!
Ya de la mesa en tanto
Aumenta para todos el encanto
Viendo en ella contantes y seguros
En brillante montón miles de duros
Que deja aquí la estupidez humana,
Y tanto llanto causarán mañana
Mientras en el salón sigue la fiesta
Y el insistente vals suena en la orquesta,
Y el mar con su rugido pavoroso
Amenaza tragarnos espantoso
Simulando una voz honda y oculta,
Que á la vez nos increpa y nos insulta.
¿Es éste ¡oh, Fernanflor! el campo hermoso
Que yo un tiempo canté? ¿La paz soñada
Con que en tanto verano venturoso
Recobré mi salud atropellada?
¿Es éste el suspirado veraneo
Con que la gente toda

Sueña en Madrid y con febril deseo
R ealiza por impulsos de la moda?
Pues más no me acomoda
Pasarlo así, que largo es el invierno
Para hacer en Madrid la extraña vida
Con que la Corte alegre me convida.
Y pues ya en caravana, ó triste y sola
Fué á Madrid la española,
La francesa á París, la rusa al Norte
Y ya está cada vicio en cada corte,
Y me quedo aquí solo y sin testigos
Libre del yugo de la moda odiosa,
Corriendo á mi placer por esos trigos
Como la alegre y suelta mariposa.

—

¡Oh, qué alegre vestida de oro y rosa
Se anuncia la mañana
Cuando feliz la alondra cariñosa
Canta en el alféizar de mi ventana!
Mansas y uncidas las robustas reses
Que hacen crujir el rechinante carro
Donde en las haces de apretadas mieses
Hace su lecho el mocetón bizarro,
Suenan por estos rústicos senderos
Al cantar de las frescas labradoras,
Y brillan á la par de los aperos,
Los verdes higos y las negras moras.
¡Cuán grande es Dios aquí! Pródiga mano

La omnipotente que los mundos guía
Tiende á mis pies los restos del verano
Rico tesoro que el otoño envía,
Himnos mil de alegría
Entona todo en derredor, no hay hora
En que rica, abundante, fértil flora
Desparramando alegre su tesoro
No entone oculto y misterioso coro...

—

¡Vengan mis adoradas alpargatas!
¡Al hombro la escopeta, y corra el galgo!...
Y puesto que me voy por esas matas...
Ya de este canto y de su historia salgo.

EL GRAN TEATRO

Ah, sí! — dirá el lector. — Ya sé cual es el gran teatro para un autor dramático que vive en París. El teatro Francés.

—No, señor.

—El Gimnasse.

—No.

—El Vaudeville.

—Ni mucho menos. Y no se canse usted en discutir, que no dará con ello.

El gran teatro para mí es el Guignol de los Campos Elíseos.

¡Ríome yo de los dramaturgos modernos franceses ó españoles! Allí, allí es donde se ve la comedia esencialmente *humana*, como dicen los críticos contemporáneos.

¡Cuántas veces al pasear por aquel sitio, donde hay, en muy poco espacio de terreno, cuatro ó cinco teatros de esos, he ocupado una silla entre una niñera y un espectador infantil, entre una señora mayor y un ama de cría!

Y nunca he sido el único espectador barbudo.

Por cada niño he contado lo menos dos ó tres hombres hechos y derechos, sin referirme al público que ve la función desde fuera y que se compone en su totalidad, de espectadores cuya edad varía entre los treinta y los cincuenta años.

Mis hijos me piden el sábado que les lleve adonde se represente un melodrama patriótico ó una gran comedia de magia.

Pídole yo á ellos que me lleven al *Guignol:* y todos tenemos razón, porque ellos comienzan á vivir y yo acabo.

El teatro de los niños es el más práctico; pero como la infancia no razona, no puede apreciarlo.

¡Oh, sí! En el *Guignol* se rinde culto á la literatura realista mejor que en los libros de Zola ó en los dramas de Dumas.

Las cosas suceden tal y como suceden en la vida.

La verdad es allí como la definía San Agustín. *Verum est quod est.*

No hay más que asistir á una representación para convencerse de ello.

En todos esos dramas de un cuarto de hora de duración, el marido y la mujer se llevan muy mal y á cada dos por tres andan á la greña.

La justicia interviene. Los magistrados sucumben á estacazos, filosóficamente distribuidos por el acuerdo. Aspiración general y muy humana, que en los dramas *de veras* resultaría

inverosímil, pero que da gran placer al público de dos cuartos.

¡Sale el gendarme... le matan á palos!

¡Lo que harían todos los hombre si no hubiera presidios y horcas!

Nadie está contento con su vecino. La buena armonía no entra por nada en la concepción de estas obras dramáticas, más trascendentales de lo que parece.

El marido se gasta cuanto gana en vino.

La mujer es su víctima, como de costumbre en la vida real. Se harta y se va con otro. El esposo, tan lógico como infiel, se da por ultrajado y lleva á mi señora Doña Cansada ante los tribunales. El juez la guiña el ojo, porque es bonita. Casos se han dado. De esto resultan complicaciones, disgusto general, palos y bofetadas. Aquéllo no es ya un drama, es la sociedad en miniatura, con todas sus pasiones expresadas debajo de tierra por un cómico invisible, cuya voz parece la del instinto humano que guía á los personajes humanísimos de la obra.

Los niños ríen y aplauden cada vez que se arma un rifirrafe, y se ponen del lado del que pega, porque desde la edad más tierna creemos todos que el más valiente es el mejor, y el que sale vencido, el más cobarde.

¡Qué alegría cuando el birrete profesional va por los aires!

¡Qué satisfacción la del público cuando al guardia le sacuden el polvo!

Como que el público no infantil se compone de criadas, niñeras, soldados, gente oprimida, en fin, para la cual el espectáculo de la ley atropellada y de la autoridad por los suelos debe ser goce parecido al de ver arruinado al amo.

Los anarquistas y los demagogos que celebran reuniones públicas no han inventado nada más práctico que estas comedias, improvisadas tal vez, pero en las que el ignorado autor es, antes que tal, conocedor del mundo y hombre que sabe lo que aplaude siempre el sentido común incipiente.

—¡Ah, señor mío!—exclama la mujer,—¿por qué se ha de hacer lo que usted quiera?

—¡Porque yo llevo pantalones y usted no!

Que es la eterna tiránica ley de los hombres contra las mujeres.

El abogado, en otra comedia guiñolesca, presenta una cuenta de diez mil francos por un escrito de ocho renglones.

—¡Ladrones!—grita el cliente.

—¡Así aprenderá usted á no llamarnos nunca!

Lo repito, el gran teatro es éste, donde los actores son de palo, como casi todos los que vemos en los teatros grandes. No cobran sueldos absurdos, ni hay que poner sus nombres *en cruz* en los carteles. El autor no está expuesto á que una sala llena de hipócritas le acrimine y le sil-

be por decir la verdad, y las comedias no sólo son reflejo de las costumbres, sino fotografías de la existencia real, donde todas las pasiones tienden á fastidiar al prójimo con móvil egoista.

Antes de que Dumas dijera el ya célebre *¡mátala!* ya *Guignol* había matado mil veces á palos á la esposa infiel, ¡con aplauso de un público sano, que á los siete años aplaude lo que siente, y á los cuarenta silbará lo que razone!

LA VIRGEN DEL PILAR

SINGULAR manera de ser la del hombre moderno!

Cuando no tiene creencias, ha de tener preocupaciones. Acaso es ateo y se asusta de ver derramar la sal.

¿Quién puede entendernos? Cada hombre es un misterio.

Pruébolo yo, hoy día de la fecha, 12 de Octubre, en que la Iglesia celebra en Zaragoza la fiesta de la Virgen del Pilar, mi patrona.

¡Su patrona!—dirá algún lector que me conozca personalmente.

Eslo tanto, que allá por el año de sesenta y cinco me dijo el ama de la casa donde yo vivía, en Madrid:

—Yo que soy su patrona de usted.....

—Perdone usted, señora, —le contesté;—no tengo más patrona que la Virgen del Pilar, y usted no es más que Doña Paca González, que me cobra lo que como; no confundamos las categorías.

Apenas creo en nada de lo que generalmente constituye la fe de los mortales. Mis motivos tengo para ello.

Y, sin embargo, mi devoción particularísima y especial por la Virgen del Pilar no morirá sino conmigo.

Reflejo y copio con esta manera de ser al pueblo español, que apenas reza y apenas cumple los preceptos de la Iglesia, que blasfema á cada dos por tres y que á la manera de los paganos que tenían su Dios para cada cosa, adora y venera en cada ciudad un santo y en cada pueblo una Virgen, teniendo la suya por la mejor de todas.

Los valencianos no reconocen otra que la de los Desamparados; los granadinos prefieren la de las Angustias; nadie ha hecho milagros á juicio de los cordobeses más que San Rafael; y así cada localidad tiene su culto especial, convirtiendo la devoción en cosa como cantonal religiosa.

Nosotros los aragoneses, antiguos y modernos, tenemos arraigada en el alma esta fe ciega en la Virgen del Pilar, que yo llevo en el pecho cuando escribo libre y desenfadamente de cosas devotas.

No hay quien me quite de la cabeza que la Virgen, mi Señora, preside á mis actos todos. Quiero razonar sobre ello y no puedo.

Me contradigo mil veces y discuto conmigo

mismo sobre esta excepción que hago sin saber por qué.—Invoco á esta Virgen en mis aflicciones y en mis penas.—El resto del Calendario me es igual. Explíquenme este fenómeno, filósofos y hombres de ciencia. ¿No hallan razones? Pues yo sí.

Mi madre me enseñó á rezar delante de esa imagen. Desde muy niño me llevó al templo donde se venera y me enseñó á amarla como á ella misma. Invocando su santo nombre me dormía en su falda. Para enseñarme á ser honrado me puso el escapulario al cuello. Para evitar contrariedades, me dijo que la llamara en mi ayuda; que si las contrariedades no cesaban, me daría carácter y voluntad para vencerlas.—Figúrate que soy yo misma, y ámala más que á mí! ¿Quién va á olvidar ésto ni cómo se atreverá nadie á discutirlo? Dejaré que mis hijos piensen como quieran; pero á la Virgen del Pilar han de rendirla culto, so pena de no ser hijos míos!

FIN DEL TOMO VIII

ÍNDICE

	Páginas.
Mis devociones	3
Las campanas	7
Solo entre muchos	11
Mi botella y yo	18
Ex loco	26
La Marquesa sola	32
El español en París	39
Tomando el te	47
A un gobernador fresco	54
Figuras de cera	62
La vida de un soltero	70
El enano misterioso	82
Príncipes de ciento en boca	87
El hotel de los fenómenos	93
Mujeres tristes	98
El gran señor	109
Enamorado de la muerte	115
Pintura devota	122
Trágico fin de una hermosura	127
La modelo	133
Nihil sub sole novum	141
Las grandes frases	149
La lucha sorda	153
Picazo	162
Las alpargatas	170
El gran Teatro	178
La Virgen del Pilar	183

LS
B644
206174
Author Blasco, Eusebio
Title Obras completas. Vol.8.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU